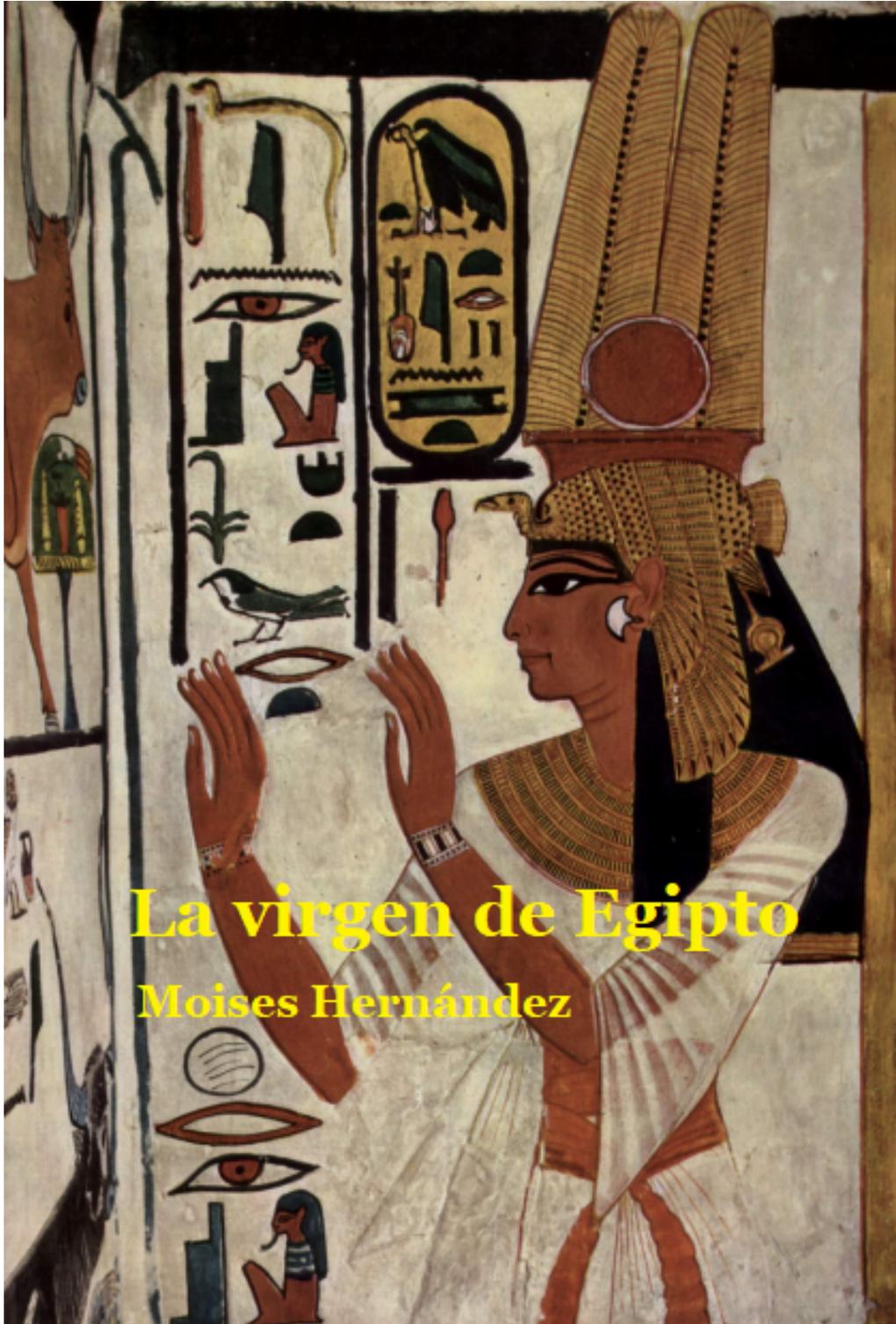


La Virgen de Egipto

Moisés Hernández



Capítulo 1

La Virgen de Egipto

Capítulo uno

El siervo de la muerte.

Muhammad atravesó a exceso de velocidad la avenida, por las calles del Cairo. Los neumáticos rechinaron al dar vuelta a la esquina. Dos perforaciones de bala se mostraban en la parte trasera de la carrocería. Por doquier se veían vidrios rotos y tiendas saqueadas. Tuvo que sortear autos y llantas incendiadas, así como todo tipo de obstáculos. Finalmente, una barrera de objetos bloqueando el paso a todo lo ancho del camino puso fin a su carrera. Detuvo su marcha y bajó a toda prisa del auto.

—¡Ibrahim, Ibrahim! ¡Me vienen persiguiendo!—gritaba el hombre por el celular.

Un grupo de por lo menos quinientas personas se resguardaban tras la improvisada barrera. Algunos miembros del contingente cubrían sus rostros con pañuelos y pasamontañas. Mostraban carteles con consignas en contra del presidente Hosni Mubarak. Vociferaban insultos contra el sistema actual que los oprimía. Un grupo de policías con altavoces trataban de intimidarlos para que se retirasen.

—¡Váyanse a sus casas! — decía el líder de los uniformados—¡Es la última vez que se los repito!

—¡Fuera el tirano! —gritaba la multitud.

De improviso se escuchó la sirena de los camiones de la policía antimotines local. Al darse cuenta que quedaría entre dos fuegos, Muhammad corrió paralelo a la barrera y logró meterse en un pequeño local saqueado. El cuerpo de represión descendió y formaron dos filas protegiéndose con sus escudos. Sin previo aviso comenzaron a lanzar gases lacrimógenos contra la multitud. Hombres y mujeres trataban de protegerse ojos y narices con su ropa mientras se replegaban. Cegados por el gas, algunos caían al suelo y eran pisoteados por la multitud.

Alguien lanzó una bomba molotov que se estrelló contra la primera fila de la policía. Un elemento del grupo cayó envuelto en llamas. Mientras era auxiliado por sus compañeros; otros manifestantes lanzaron infinidad de objetos contra el grupo

antimotines. El joven teniente que los comandaba se adelantó con su arma de cargo, entre insultos y gritos comenzó a dispararle a la gente. Un hombre joven cayó herido de muerte en el pecho, fue solo el comienzo. Varios elementos de seguridad, viendo a su compañero herido, desenfundaron sus armas y dispararon a los manifestantes.

Nada podían las armas rudimentarias contra el fuego de la policía. Aquí y allá caían abatidos por las balas, comenzó una carrera en estampida por salvar sus vidas. Los heridos, tendidos en el suelo, eran rematados por los elementos policiacos. La violencia comenzó a escalar y las víctimas siguieron aumentando a cada momento, hombres y mujeres yacían ejecutados por doquier. Otro grupo de manifestantes llegó en ese momento con más bombas incendiarias. Las balas y el fuego se mezclaban en una vorágine de muerte. Podían verse decenas de heridos tirados por el piso y cadáveres en medio de charcos de sangre; así como cientos de personas tratando de huir con la policía disparando a sus espaldas. La tétrica escena, en pleno crepúsculo, era iluminada por autos y locales incendiados.

Muhammad observaba aterrado la masacre, entre el caos y la neblina del gas lacrimógeno pudo ver lo que nadie más podía ver: la imagen espectral de un jinete solitario, inmóvil y sereno contemplando la mortandad. Se mantenía en medio de los cadáveres. Tenía el cuerpo de hombre, torso desnudo y el rostro descarnado; montaba en un caballo rojo, con la mano derecha tomaba las riendas y con la izquierda sostenía una lanza. Él reconoció al ente, uno de los siervos de Sejmet, la diosa madre de la guerra y la venganza. El ser encantado observaba la escena, alimentándose del dolor y de la energía vital del sacrificio humano.

—¡Oh Amón, protégenos de este mal! — exclamó asustado.

El ente se sintió observado y volteó a ver al hombre, clavó sus ojos de fuego, desde sus cuencas vacías, en él. En eso, Muhammad aspiró una bocanada de gas lacrimógeno y sintió como se le quemaban las vías respiratorias, los ojos le ardían de dolor. Desesperado se arrastró por el suelo enloquecido por los efectos del gas. No podía pensar solo se revolcaba en el piso. En un momento de lucidez recordó la botella de agua que llevaba en la bolsa de su cintura, la extrajo a tientos segado por el químico. Se mojó los ojos, se quitó la camisa, la humedeció y se tapó narices y boca. Un par de minutos después se recuperó un poco y salió de la tienda. Corrió en dirección opuesta a la persecución cruzando por

varios callejones y finalmente llegó a su destino.

Arribó a un edificio de siete pisos en una zona proletaria. Sacó sus llaves y entró al descuidado inmueble. Luego de subir las escaleras llegó a un departamento del tercer piso. Abrió, entró y azotó la puerta al cerrarla. Fue al baño y se lavó la cara. Exhausto salió y se dejó caer en un viejo sofá. Sacó el teléfono celular del bolsillo de su pantalón, e hizo una llamada.

—¡Ibrahim, es terrible lo que está pasando!—dijo alterado—. Logré huir de una emboscada, trataron de asesinarme. Escapé solo para contemplar una masacre. La policía les disparó a las personas, hay muchos muertos.

—Lo sé Muhammad, todo el país está igual.

—Eso no es lo peor, estimado amigo, acabo de ver a uno de los siervos de Sejmet en medio de la matanza.

—¡Por Amón, no puede ser! —contestó con preocupación—¿Estás seguro de lo que viste?

—Sí amigo. Vi a uno de sus espectros de guerra, ya sabes que tengo el don para verlos.

—Ha regresado en este tiempo, como se nos había anunciado.

—Tenemos que reunir a la hermandad—agregó Muhammad-- debemos detener a la deidad antes que convierta a Egipto en un río de sangre.

Capítulo 2

Capítulo 2.-La hermandad

En una residencia en las afueras del Cairo fueron llegando poco a poco los invitados. Algunos en autos bastante ostentosos y otros en vehículos adaptados como taxis.

Fueron recibidos por un mozo con la cabeza y las cejas afeitadas. Inclino la cabeza ante los recién llegados a modo de saludo. Conforme llegaban eran conducidos a un salón amplio en el interior. A ambos lados del salón había unos grandes ventanales cubiertos con cortinas blancas.

Sobre el piso de azulejos verde esmeralda había unas cincuenta sillas de madera forradas de tela roja, alineadas en filas y columnas unas con otras.

Al frente se encontraba una escalinata que iba a dar a un nivel superior, donde se podía ver un altar que dominaba el ojo del dios Ra formado por aguamarinas azules. El altar se encontraba cubierto por delgadas cortinas de seda. Frente al ojo había una silla de bronce ornamentada en forma de león y asiento forrado de piel.

Muhammad, de pie en una esquina del altar, observaba inquieto su reloj. Era bastante joven, tendría unos veinticinco años. En su mirada y porte dejaba entrever la firmeza de su carácter. Su tez quemada por el sol le daba un atractivo singular. Finalmente se puso frente al altar y decidió hablar.

—Hermanos y hermanas, al parecer solo hemos podido llegar nosotros—dijo viendo al grupo de unas veinte personas—. Como últimos miembros de la religión antigua y guardianes de la herencia de Amón. Estamos obligados a velar por el bienestar de nuestra nación. Muhammad Husni Sayyid Mubarak ha traicionado a su pueblo, su ambición de poder lo ha hecho olvidar su propósito. Ha renegado de su vínculo con nuestra hermandad y ahora nos persigue. Ustedes ya estarán enterados de las detenciones y asesinatos de muchos miembros de nuestra agrupación. Yo mismo, hace días, apenas logré escapar de un atentado en mi contra. Solo para ver como su deslealtad a nuestras divinidades atrajo la ira de la peor de ellas: Sejmet y sus jinetes de muerte están entre nosotros. Tenemos que reconciliarnos con la deidad antes que provoque más destrucción. Comenzaremos la ceremonia de purificación.

Los presentes descubrieron sus cabezas mostrándolas rapadas. De una puerta lateral al salón ingresó un séquito formado por tres mujeres y dos hombres. Iban descalzos para no profanar la pureza del altar.

Dos parejas portaban una caja ovalada de madera finamente tallada y barnizada color ámbar, sostenida por barras de metal, una a cada esquina, adornada con jeroglíficos escritos en oro.

La procesión era guiada por una sacerdotisa ataviada con un vestido de algodón color blanco, que le cubría hasta el tobillo, liso y suelto.

Colocaron la caja en el suelo. Uno del grupo le entregó una daga, todos en el salón se pusieron de pie. La caja estaba atada con un cordón dorado.

—¡Despierta Oh diosa, despierta en paz y no dañes a los que hoy te veneran! —exclamó la mujer.

Con la daga en la mano cortó el cordón, abrió la caja e hizo una reverencia. Las dos damas que la acompañaban sacaron la imagen de Sejmet, era una estatuilla de medio metro de oro, cuerpo de mujer y cabeza de león. Los dos sacerdotes abrieron las cortinas del altar y fue puesta la figura de la deidad en el interior. La sacerdotisa se inclinó ante del altar, frente a la divinidad.

Poco después varios sirvientes trajeron un toro, lo ataron de las patas para inmovilizarlo y con bastante habilidad lo derribaron. Se acercó otra de las sacerdotisas. Con un largo estilete se puso de pie sobre la bestia caída.

—Recibe este sacrificio como prueba de nuestra fidelidad y veneración ¡Oh deidad nuestra! —dijo ella.

Clavo el arma en el corazón del animal, que se retorció de dolor. Ríos de líquido carmín brotaron de las entrañas de la bestia, poco a poco dejó de resistirse y se fue quedando en calma. La sangre era canalizada a través de una ranura en el piso hacia un contenedor en forma de corazón. Ya muerto, fue atado con un cable de acero por el cuello; y jalado por un sistema automático hacia una puerta lateral, donde el cuerpo desapareció. Le siguieron varios toros más, garzas del Nilo, gacelas y cerdos. Los presentes hacían oración para pedir la clemencia de la deidad.

La sacerdotisa principal permanecía de pie frente al altar, callada y con los ojos cerrados. De pronto comenzó a convulsionarse, su cuerpo se estremecía y comenzó a emitir gemidos de dolor. Repentinamente abrió los ojos, un brillo terrible se dejó ver en su interior, su rostro apacible se deformó en una mueca de ira y locura.

—¿Cómo se atreven a ofenderme de esta manera?! --exclamó furiosa
—¿Creen que estas miserables sacrificios son dignos de mi divinidad?

—¿Quién eres? —preguntó Muhammad.

—¡Soy Sejmet, la iracunda! He regresado después de tanto tiempo. No veo mis altares ni mis ofrendas en las tierras que tanto protegí.

—Los tiempos han cambiado, pero nosotros te seguimos siendo fieles.

—Por siglos serví al faraón y a su pueblo. Los hice grandes ante todas las naciones y puse de rodillas a sus enemigos. Sus ejércitos marcharon invencibles. Ahora he visto tanta perversión y deslealtad en los hijos de Amón —exclamó el ser con furia—. No tendré piedad de ellos. Levantaré en guerra a unos contra otros, derramaré su sangre al norte y al sur, al este y al oeste. Serán mis siervos de muerte desunión de este pueblo. Caerá mi ira sobre todos y no quedará ni uno en pie. Egipto ha renegado de mí y será destruido.

La mujer levantó el puñal que portaba y comenzó a clavarlo en su cuerpo una y otra vez.

—¡Este es el sacrificio que merezco por ser quien soy!

Enloquecida reía y la sangre cubría el niveo vestido. Los presentes veían aterrados la tétrica escena, portaban amuletos con el ojo del dios Ra pidiendo su protección. Muhammad corrió al altar, trató de detener la mano homicida.

—¡Ayúdenme a detenerla!—. Gritó a el grupo de sirvientes. Seis individuos bastante fuertes corrieron a apoyarlo.

—¡No me toques malnacido! ¡No te atrevas a tocar a una deidad!

Muhammad detuvo la mano de la mujer con el puñal ensangrentado. Sin mucho esfuerzo lanzó al hombre por los aires y fue a caer sobre la estatua dorada. Otro de los sirvientes fue degollado y su sangre cubrió el piso, los demás fueron arrojados como muñecos uno a uno por los aires.

La posesa saltó como un gato con su blanco vestido teñido de escarlata. Se posó sobre Muhammad, que aún no se recuperaba del impacto.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó el joven— ¿Qué pides para detener tu furia?

La mujer lo miró a los ojos, escudriñando su mente y su corazón con el

poder de una deidad. Su rostro se iluminó y finalmente habló.

—Veo que ustedes guardan un secreto, lo protegen como a un tesoro.

—No comprendo.

—¡Quiero a la descendencia del faraón! ¡Quiero la sangre real! ¡Quiero a la virgen de Egipto! ¡Sacrifíquena ante mi divinidad! Deberán entregarmela en el solsticio de verano.

La sacerdotisa se quedó inconsciente. Muhammad la tomó en sus brazos, rasgó una de las cortinas del altar, y trató de detener la sangre de su pecho con una compresa.

—¡Traigan a un médico, rápido! —pidió.

Pronto el joven se dió cuenta que era muy tarde, la mujer ya no respiraba, la deidad la había asesinado.

Capítulo 3

Capítulo 3. Kiya

La linda adolescente miraba por la ventana de su cuarto. Era una chica de unos quince años, piel clara, cabello castaño y lacio, ojos negros pequeños. Con mirada traviesa, bajó por las escaleras de la amplia y moderna mansión de dos niveles; sin hacer apenas ruido, llegó por detrás y le cubrió con las manos los ojos al pequeño, hijo del jardinero, que jugaba en el césped.

—¡Kiya! —dijo el pequeño.

—Sí Omar, adivinaste

—¿Qué me gané por adivinar?

—Te ganaste un platito de arroz con leche.

La chica observó una herida en la palma de la mano del niño, no era profunda; pero sangraba.

—¿Cómo te lastimaste?

—Creo que fue en el columpio.

Tomó la mano del pequeño, cerro los ojos e hizo una oración. La herida dejó de sangrar, limpió la manita con un clinex.

—Cerraré pronto—dijo Kiya.

—Me gustaría que me enseñaras a hacer eso.

—Ja ja ja, yo misma no sé cómo lo hago.

Un Audi negro se acercaba a la mansión. La sonrisa de ambos desapareció de su rostro. Kiya tomó a Omar de la mano, con gesto protector. La puerta automática del garage se abrió, el automóvil entró. Momentos después una pareja salió por una puerta lateral.

—Solo te interesa que te de dinero ¿Verdad? —dijo el hombre con reproche

—Tengo muchos gastos, es todo.

—Pues adminístrate mejor.

—¡Hola chicos! —dijo la mujer, echando una mirada a Kiya y Omar

La pareja siguió de largo y se introdujo en la lujosa mansión, los amigos se despidieron. Ella atravesó la amplia estancia. Por los ventanales se podía ver los jardines que rodeaban la mansión, así como una piscina techada. El mobiliario de estilo minimalista le daba un toque moderno al lugar. El piso cubierto de mármol rosa acentuaba la elegancia de la construcción.

—¡Kiya, prepárate! —dijo el hombre—. ¡En tus próximas vacaciones nos vamos a Tailandia! Me han recomendado unas playas paradisíacas.

—Fadil, estoy de acuerdo que tengas muchos deseos de viajar—dijo Kiya
—Pero no me gusta la manera en que despilfarras el dinero que nos envían. Ahora mismo, en Egipto, hay mucha necesidad.

—Eres una princesa, mereces esos lujos y más.

—No, no soy una princesa. De hecho, quisiera regresar a mi país a ayudar a mis conciudadanos, algo he de poder hacer allá.

—Kiya, tú y tus sueños de cambiar el mundo; Deberías disfrutar lo que la vida te da y punto; además Egipto está que arde en estos momentos; no vamos a abandonar las comodidades de Milán para irnos a meter al infierno.

El hombre escuchaba con desinterés la conversación de la adolescente. No sentía empatía con esa forma de pensar, volteó la mirada a su esposa; alguien que sí compartía sus anhelos y ambiciones. De pronto, su celular comenzó a sonar, reconoció de inmediato al contacto. Salió de la estancia y se dirigió a su estudio para contestar.

Para Kiya su vida era bastante inusual, pertenecer a una antigua religión, casi extinta, de la que solo quedaba un pasado glorioso. Era la última descendiente directa de los faraones, de Psametiko III, según le fue dicho por Fadil; el faraón que fue devorado por el desierto y el misterio, a la llegada de los persas a Egipto, hace milenios. Aunque había tantas interrogantes sobre esa historia; le fue dicho que cuando fuera mayor de edad, le sería revelada toda la verdad sobre su origen.

Subió a su cuarto, sobre un buró junto a su amplia cama había una fotografía. Era de una mujer joven, cabello largo y castaño, ojos negros profundos, rasgos finos y una sonrisa encantadora, como la de ella misma. Kiya se acercó al tocador, se miró en el espejo y se sintió

orgullosa del parecido que tenían.

—Querida madre, si supieras cuanta falta me has hecho—dijo, viendo su imagen, tratando de mirar en ella a su progenitora.

Recordaba, como una visión, la última vez que la vio; tendría unos tres años cuando la entregó en sus manos a Fadil, había corrido con ella en brazos huyendo de alguien, o algo. Se despidió de ella con un beso: “te amo mi niña, ve con él, si no nos volvemos a ver; piensa que siempre te amaré. Fadil, amigo, cuídala con tu vida”. La mujer se alejó para no volver jamás.

Años después se enteró, por boca de su tutor, de la muerte de su madre. No hubo muchos detalles sobre la situación. Al principio Fadil fue muy cariñoso con ella, pero cuando conoció a esa mujer con la que se casó, las cosas cambiaron. Desde Egipto le eran enviados recursos para vivir con comodidad, para preparar a Kiya para la misión que tenía que cumplir dentro del culto. La pareja de enamorados no dejó de saquear la dote que le fue entregada a la chica. Cuando se terminó, él siguió pidiendo más dinero.

Kiya llevó sus manos a la frente, dijo unas palabras a modo de oración.

—Poderoso Amón, dame la facultad de ver que nos depara el futuro, tú que controlas el universo y el destino de los mortales.

La imagen en el espejo se fue descomponiendo ante sus ojos. Un panorama desolador de muerte y destrucción apareció ante ella, contempló a unos guerreros a caballo, con sus rostros descarnados, parados sobre pilas de cadáveres; casas y edificios destruidos, como si un cataclismo hubiese ocurrido. De las profundidades de la tierra vio emerger a un ser con cabeza de león y ojos de fuego, bufaba como bestia, apareció bañado en sangre. De improviso, volteó a ver a la chica directo a los ojos, como si se supiera observado.

—¡Te encontré perra, eres mía! —dijo la entidad.

El ser escapó de la dimensión de la visión y estiró su brazo. Tomó del hombro a Kiya y la zarandeó con fuerza. La chica comenzó a gritar y cayó al piso, salió de la visión muy agitada. El hombro le dolía mucho, observó asombrada una huella de quemadura en su piel, en forma de garra.

Capítulo 4

Capítulo 4. La descendencia real

Muhammad se encontraba hablando, en su modesto departamento, con su amigo Ibrahim. Era un hombre mayor como de sesenta años, cabello cano, piel bronceada por el sol, mirada cansada. Vestía camisa y pantalón de lino color claro, usaba un turbante en la cabeza para protegerse del agobiante calor.

—Lamento no haber podido llegar a la ceremonia Muhammad—dijo el anciano—. Las carreteras están bloqueadas, y la violencia desatada por todas partes.

—No te preocupes Ibrahim, de todos modos, fue un desastre.

—¿Cómo se encuentra la sacerdotisa? —cuestionó preocupado.

—Falleció, no hubo nada que hacer.

—Que pena, otra valiosa vida sacrificada en vano.

El joven guardó silencio por unos momentos, mirando por la ventana, reflexionando sobre el rumbo que habían tomado las cosas. El régimen controlaba los medios de comunicación: solo transmitían parte de los hechos, la realidad de la barbarie distaba totalmente de la verdad oficial. El internet no funcionaba o estaba censurado.

—Ibrahim, has sido como un padre para mí --dijo el muchacho—. Me sacaste de las calles del Cairo cuando, de niño, me quedé huérfano por la guerra. Desde entonces has sido mi mentor y amigo. Pero siento que me ocultas muchas cosas, no entiendo porqué Sejmet tiene tanto interés en la hija de los faraones. Siempre he pensado que ella es solo un símbolo del pasado majestuoso de Egipto. Pero tampoco comprendo porqué tanto secretismo al mantenerla oculta y lejos de este país.

—Sí, es tiempo de que los secretos vayan siendo revelados, ya no me queda mucho a tiempo a mí, alguien debe continuar con mi misión— se puso cómodo en el sofá para hablar—. La "iracunda" no solo leyó de tu mente lo que ocultábamos, es clarividente, ve más allá del espacio y tiempo. Ahora conoce lo que hay de fondo, no por nada es una divinidad. También nos pone en peligro, no solo a nosotros o a la nación, sino a gran parte del mundo.

—No comprendo.

—Mira muchacho, la realidad llega a ser más increíble y fabulosa de lo que parece. Se te dijo que la niña era descendiente de Psametiko III, el último farón de Egipto antes de la invasión de los persas. Pero la verdad es que ella tiene una ascendencia más antigua y grandiosa, solo unos cuantos de la hermandad sabíamos eso. Ahora solo quedo yo, los demás han sido detenidos, torturados y asesinados.

—Amigo, yo tampoco puedo comprender porque tanta saña del régimen por acabar con nosotros y perseguirnos. Todo es tan complicado.

—Quieren dar con el paradero de nuestro líder, el padre de la niña. Nadie de los hermanos lo delató, todos murieron en silencio. Hosni Mubarak, como sabes, pertenecía a nuestro culto, ahora solo ambiciona el poder de nuestro señor y nos traicionó.

—¿Quién es el misterioso líder de nuestro culto? Todo este tiempo he deseado conocerlo. Hay tantas cosas que no encajan, estoy lleno de preguntas.

—En este momento voy a llevarte con él, nos está esperando. Todas tus preguntas te serán respondidas cuando lo conozcas. Pero antes tengo que informarte que hablé con Fadil a Milán. Traerá a la niña a Egipto para cumplir con la voluntad de Sejmet.

—Ibrahím, ¿te has vuelto loco? ¿Vas a sacrificarla por un capricho de una deidad egoísta?

—Ahora estamos en las manos de Amón, él decidirá.

—Perdón, te estimo con toda el alma; pero, ¡no puedo permitir esa locura!

Salieron del apartamento, subieron al auto de Ibrahím. Tuvo que rodear gran parte del Cairo para evitar los conflictos y cerciorarse que no los siguieran. Manejó por cerca de tres horas, llegaron a un pequeño poblado cerca del Valle de los Reyes en Luxor. Era extraño encontrar todo tan tranquilo en ese lugar, cuando el país entero ardía. Se detuvieron en una casa de una planta, pintada de blanco, en una plantación de palmeras rebosantes de dátiles.

—El poder que mora en este lugar proteja a los que aquí residen—dijo Ibrahím a modo de saludo, un anciano salió a recibirlos.

—¡Hermanos, que gusto! Los estábamos esperando. Pasen por favor.

Fueron guiados al interior, era una vivienda bastante modesta. Muhammad quedó un poco decepcionado, alguien tan importante para el culto se suponía que llevaría una vida bastante holgada y lujosa.

—En un momento vendrá mi señor—dijo el anciano que los recibió—. Está terminando de hacer sus oraciones.

Ibrahím captó la decepción de Muhammad, era fácil notarlo por la manera en que veía todo a su alrededor, sonrió comprensivo.

—Muchacho, si ves un grano de arena, no olvides que detrás de él hay un desierto entero.

—Explícate, no te comprendo.

—Esta sencillez, aparte de ayudar a ocultar a nuestro líder, es la entrada al gran santuario bajo las pirámides y al mundo divino.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Muhammad incrédulo—. ¿De verdad existe tal santuario bajo las pirámides? Es solo una leyenda.

—No, es totalmente real, tú mismo lo contemplarás en unos momentos. Pero primero conocerás a nuestro señor.

Unos pasos se escucharon a sus espaldas. Un hombre mayor vestido de túnica blanca, y con la ya clásica cabeza afeitada del culto, se acercaba a ellos. Tendría unos sesenta años, sonreía generosamente, era un hombre alto y de piel quemada por el sol; pero robusto y de una gran fortaleza física.

—¡Amigos, el poder de Amón esté en ustedes y en sus vidas! Bienvenidos sean.

—¡Mi señor Jufu! —exclamó Ibrahím, haciendo una referencia.

—¿Se llama Jufu, como el antiguo rey que mandó edificar la gran pirámide? —preguntó Muhammad.

—No muchacho, no me llamo como él; yo soy el rey Jufu, el inmortal.

Capítulo 5

Capítulo 5: La marca

Kiya observaba el cielo desde la ventanilla de la avioneta rumbo a Egipto. Finalmente, su sueño de regresar a su patria se cumplía en muy extrañas condiciones. De un día a otro Fadil había cambiado de opinión sobre su viaje a Tailandia. Volvían en una aeronave de contrabandistas. Era difícil conseguir otra cosa ahora que la nación parecía caer en una guerra civil. Los aeropuertos estaban cerrados y había mucha inquietud por todas partes.

La chica lucía cansada, había dormido poco desde hace días. Algo la había estado atormentado a cada noche, algo siniestro. Su hombro dolía cada vez más, la llaga que le dejó el ser de sus visiones no cicatrizaba. La acompañaban Fadil y su esposa Fiorella, dormitaban uno junto al otro a un costado de ella, ajenos a los pensamientos y dudas de Kiya. El culto había solicitado su presencia en el Cairo, en realidad sabía tan poco de ellos. Por más de diez años no había estado en su patria. Todo le era tan ajeno y lejano desde Italia. Era muy pequeña cuando la sacaron de ahí.

La vieja avioneta se cimbraba todo el tiempo y el motor hacía unos ruidos raros, sin embargo, la habilidad del piloto que conocía bastante bien su chatarra, logró mantenerla en el aire y llevarlos hasta su destino. Aterrizaron en una pista improvisada en algún lugar del desierto. Una mujer, vistiendo el hiyab, y dos hombres armados con fusiles de asalto los esperaban. Kiya se adelantó y descendió primero.

—¡Majestad, la estábamos esperando! —dijo uno de los hombres.

—¿Cómo te llamas?

—Muhammad, su servidor.

—Vamos aclarar las cosas Muhammad, mi nombre es Kiya, así que borra de tu cabeza cualquier término como majestad, princesa o cualquier otra palabra que se te ocurra.

—¡Está bien Kiya! —dijo sorprendido—. Es un placer conocerte.

La mujer que los acompañaba tomó la palabra.

—Kiya, es necesario que te pongas esto—le entregó un hiyab azul claro.

—¿Quién eres tú?

—Soy Epi, la sacerdotisa suprema de nuestro culto.

La chica se colocó la prenda con cierta dificultad, Epi notó que algo no andaba bien.

—¿Que tienes?

—Nada, me quemé en la ducha; es todo.

—Déjame revisarte, puede ser grave.

—Está bien, pero te digo que no es nada.

Se alejaron un poco de la vista de los hombres y Kiya se descubrió el hombro ante los ojos de Epi.

—¡Por Amón!, esto no te lo hiciste en la ducha!—dijo sorprendida—. ¡Es la marca de Sejmet!

—¿Eso es muy malo?

—Tuviste contacto con la deidad; pero, ¿cómo ocurrió eso?

—Tengo visiones, en una de ellas vi a un ser, me atacó y me hizo esto, pensé que mejoraría con los días, pero la verdad; creo que empeora.

—Te encontré, esto cambia las cosas—agregó mientras observaba con preocupación la quemadura.

—¿Qué cosas? Explícame, todos hablan con tanto misterio que estoy harta.

—Mira Kiya, todo se va a poner muy difícil, y vas a tener que ser muy valiente.

—¿Es grave lo que tengo?

—Voy a ayudarte en todo lo que pueda, esto que tienes es un daño sobrenatural. Te corroerá si no se detiene a tiempo.

—He leído sobre Sejmet, es vengativa con los que la traicionan o no cumplen sus compromisos con ella ¿Qué tiene contra mí? Nada le he hecho

—Te llevaremos con la persona que responderá a todas tus preguntas y te puede ayudar.

Epi y Kiya regresaron con el resto del grupo. Fadil discutía con uno de los hombres.

—Ibrahím, el trato era, la traigo y recibo mi paga al momento.

—Yo siempre cumplo mi palabra, lo sabes, recibirás tu pago en oro por tus servicios.

Kiya entendió bastante bien que hablaban sobre ella.

—¿Me estás vendiendo Fadil?

—Lo siento, es que... tengo muchas deudas y gastos —respondió avergonzado, agachando la cabeza.

—Fuiste un gran amigo en el pasado, casi como un padre. No entiendo como has caído tan bajo. Mi madre confiaba en ti.

Fadil, no dijo más, se alejó en dirección a su esposa. Hablaban entre ellos. El anciano con el discutía se acercó a la chica y se presentó.

—Kiya, lamento que las cosas se estén dando de esta manera. Soy Ibrahím, el guardián, como me llaman en la fraternidad.

—Así que tú eres el contacto de Fadil en Egipto, escuché sobre ti.

—Bueno, subamos al auto. Te llevaremos a un lugar para que descanses, sé que tienes muchas preguntas en tu cabeza después de estos años. Te serán respondidas en su momento.

Epi se acercó al anciano e interrumpió la conversación, lo miró a los ojos muy preocupada.

—Lo siento Ibrahim, cambio de planes. Tenemos que ir con mi señor.

—No comprendo.

—Sejmet la marcó, el tiempo apremia.

Capítulo 6

Capítulo 6: La revelación.

Viajaban en una camioneta tipo Van los seis pasajeros. Un automóvil Chevrolet Aveo los custodiaba. El calor del desierto provocaba sopor a los recién llegados. Kiya yacía recostada junto a Epi, Muhammad conducía la camioneta. Los eventos y revelaciones de esos días lo mantenían reflexivo. Fadil y su esposa Fiorella trataban de descansar un poco, cosa que no era nada fácil dadas las circunstancias.

—Epi, lamento lo acontecido con tu hermana, lo siento; no pude hacer nada —comentó Muhammad, recordando la muerte de la sacerdotisa en manos de Sejmet.

—No tienes por qué lamentarte de nada, mi hermana era muy fuerte y aceptaba su destino. Murió cumpliendo su misión en el culto hasta el final. Ahora comparte la eternidad con nuestros antepasados.

En ese momento Kiya despertó, Ibrahim le sonrió amablemente, le ofreció un poco de agua embotellada para aliviar el tremendo calor.

—¿Por qué te llaman el protector? —preguntó la joven.

—Es un sobrenombre que me dieron mis compañeros arqueólogos en el Valle de los Reyes, fue por mi lucha férrea por evitar el saqueo de nuestro patrimonio cultural.

—¿Entonces eres arqueólogo?

—Sí, a eso me dedico. Por años he evitado que sigan arrasando los extranjeros y ladrones de tumbas locales con nuestra herencia milenaria. Si pudieran, desmontarían piedra por piedra las pirámides y la Esfinge para exhibirlos en museos internacionales.

—Ha de ser un trabajo muy arduo.

—Así es, los extranjeros tienen una gran hambre de conocimiento sobre la cultura egipcia del pasado y sus destrezas técnicas. Pero no son capaces aún de comprender la cosmología que hay atrás de todo ello. Mi trabajo consiste en no mostrarles más de lo que deben de saber, controlo donde pueden cavar y dónde no. Pero, sobre todo, tengo que mantener alejados a los aficionados con ideas disparatadas de alienígenas ancestrales, llegan por montones; son los más difíciles de disuadir.

Muhammad escuchaba la conversación y su mente comenzó a divagar

recordando lo que se le había revelado hace unos días...

“—!Yo soy Jufu, el inmortal! —dijo el anciano frente a Muhammad.

—No comprendo, explícate—añadió Muhammad, algo perturbado.

—Lo que has oído, sé que es difícil de creer lo que te estoy diciendo.

Muhammad volteó a ver incrédulo a Ibrahím que lo acompañaba. El anciano hizo un gesto de afirmación ante las palabras de Jufu.

—Tengo que mostrarte la prueba que confirma lo que te estoy diciendo.

Jufu se quitó la camisa, sacó una daga de entre sus ropas, comenzó a provocarse una herida para abrir su pecho. Asombrado el muchacho observaba que no sangraba el corte. Se abrió la piel con las dos manos. Entre las costillas pudo ver un corazón de oro latiendo dentro de su tórax. Un brillo extraño se presentaba a cada latido.

—Este es el Ib sagrado de los inmortales, el pensamiento y el sentimiento puro.

El joven observaba, casi en shock, el latir de ese corazón, del cual salía una luminosidad amarillenta. Jufu volvió a cerrar las dos partes de su piel, pronunció algunas palabras en egipcio antiguo, presionó sobre el corte, una mano sobre la otra, y la piel comenzó a cicatrizar rápidamente. Volvió a ponerse la camisa, sonrió al ver la confusión que había provocado en Muhammad.

—Pero, ¡cómo es posible esto?! ¡La gran pirámide se construyó para enterrarte! ¡Todo es tan increíble, parece un sueño!

—No muchacho, no es una tumba; es un vórtice de energía vital. Mi destino está ligado a la pirámide, cuando ella deje de existir yo dejaré de hacerlo.

—Estoy tan confundido, siempre pensé que la inmortalidad era una cuestión del más allá. Nadie me había hablado de tu existencia, ¿por qué?

—Era necesario probar primero la pureza de tu corazón, saber que estabas a la altura de recibir estas revelaciones. Ahora te diré todo lo que debes saber.

—Es que tengo tantas preguntas, ¡tú debes de tener casi cinco mil años de existir! ¿Cómo te volviste inmortal?

—Vayamos al templo que hay en las profundidades de la tierra, me ayudaran las imágenes a contarte la historia de mi pueblo, ahora antepasados lejanos tuyos.

Los tres hombres caminaron hacia una pequeña puerta cerrada con llave al fondo de la casa. Jufu sacó de sus ropas unas llaves y abrió, descendieron por unas escaleras que llevaban a otra puerta cerrada, fue abierta y descendieron nuevamente. Finalmente, una tercera puerta se encontró frente a ellos. Era grande y bien robusta, construida en ébano, decorada con jeroglíficos en oro.

—“ Bienvenidos los puros de corazón”, dice aquí —leyó Muhammad, alumbrando con la lámpara de su celular.

—Veo que entiendes bien la escritura antigua—comentó Jufu mientras empujaba la pesada puerta para abrirla.

Ya no fueron necesarias las luces artificiales, sobre nichos de un pasillo como de seis metros de ancho, descansaban unas lámparas con una luz amarillenta, eran llamas estables, no producían humo. Se veía con bastante claridad las paredes construidas con bloques de granito y el piso en calcita bien pulido.

—¿Estas lámparas con que se alimentan? El aire debería estar enrarecido y apagarlas; no es así, ¿por qué?

—Muchacho, si te explico el secreto del funcionamiento de todo lo que ves, tardaría años para mostrarte todo. Ahora no tenemos ese tiempo.

—Comprendo —respondió Muhammad un tanto apenado.

—Todo comenzó hace unos seis mil años, mis antepasados fueron cazadores y recolectores —contaba con mirada nostálgica Jufu, mostrando al joven una pintura en la pared, de unos hombres semidesnudos cazando jabalíes — eran una sociedad pacífica y unida, se ayudaban unos a otros. Tenían una religión basada en la veneración de los elementos. Temían y respetaban el mar que ahora conocemos como Mediterráneo, allá era la morada de los dioses. Nuestra vida corría a lo largo del Nilo sin muchas preocupaciones.

Las cosas cambiaron cuando una noche, desde el mediterráneo, un grupo de personas contemplaron unos fuegos sobre el cielo. El mar retumbaba y unas olas enormes se precipitaron a la tierra. Arrasaron todo lo que estaba encima, hubo gran mortandad y destrucción; las lluvias se desataron como nunca, pidieron la clemencia de las divinidades, pero todo era en vano. El Nilo se desbordó y se llevó lo poco que tenían. Más de la mitad de la gente murió, al final los pocos que sobrevivieron pasaron

hambres y penurias.

Algún tiempo después de la destrucción ocurrió un hecho sin precedentes, Una embarcación dorada navegaba por el Nilo, un grupo de divinidades viajaban en ella, portaban ropas extrañas. Usaban instrumentos desconocidos. Todo en ellos era irreal, la gente se asustó, algunos huyeron y otros se inclinaron a adorarlos.

Se quedaron a vivir con este pueblo, le enseñaron medicina, matemáticas, arquitectura, astronomía, entendimiento de la naturaleza y el conocimiento oculto del universo. Escogieron a un grupo de superdotados y les transmitieron estas enseñanzas. Nos gobernaron con sabiduría, las personas envejecían y morían, pero ellos lo hacían muy lentamente.

Con el tiempo también ellos fueron desapareciendo, ni los inmortales somos eternos. Finalmente, solo quedó uno de ellos; yo lo conocí. Enseñó a mi abuelo, a mi padre y a mí. Él había dejado de gobernar hace bastante tiempo, quiso dejar el gobierno de este pueblo en manos sabias. Un día, siendo yo muy joven, me mandó llamar; quería transmitir el último de los secretos de su gente al futuro rey de Egipto.

Me confesó que su gente había recibido del Dios único, y todo poderoso, todos los dones y gracias divinos, a cambio debían llevar una vida de rectitud y ser guías los demás pueblos de la tierra, donde los humanos estaban muy atrasados.

La clase gobernante recibió además el secreto de la inmortalidad, Dios les mostró como hacer vórtices de energía vital. La idea era que la obra de enseñanza divina no se cortara abruptamente con la muerte de unos gobernantes y tuviera que recomenzar con otros. Vivían en una ciudad de ultramar, en una isla donde todo les era dado a manos llenas. Alcanzaron el mayor desarrollo económico, tecnológico y espiritual del planeta.

Al principio funcionó bien, pero pasado el tiempo los gobernantes comenzaron a tener conflictos entre ellos, envidias, intrigas y traiciones acabaron con todo. Se formaron facciones entre inmortales, destruían el vórtice vital del rival para eliminarlo. Finalmente, cuando casi todos los vórtices fueron eliminados, la ciudad flotante donde vivían se hundió. Tristemente entendieron que sin vórtices no era posible la existencia de su ciudad.

Un pequeño grupo de inmortales logró escapar del cataclismo, su energía vital quedó encerrada en el fondo del mar, condenada a desaparecer en poco tiempo, pero el suficiente para poder transmitir su conocimiento a un pueblo sabio y bondadoso. Nos encontraron a nosotros, nos enseñaron, nos abrieron los ojos al conocimiento oculto del universo y nos

aprendieron a amar.

Toth, el inmortal que fue mi maestro, me mostró como alinear el vórtice con respecto a las estrellas del cielo y a los puntos energéticos del planeta. Me explicó que mi cuerpo moriría, pero al estar encerrado en la pirámide, sería restaurado y despertaría a una nueva vida, más plena y entendida. Continuaría con la misión que ellos dejaron inconclusa y gobernaría con sabiduría y bondad.

Mi mentor falleció y se unió en la eternidad con los suyos. Me dejó escritos los conocimientos ocultos de la inmortalidad. Reuní a los más entendidos de mi pueblo y organizamos la construcción del vórtice de energía. La nación entera trabajó brazo con brazo en la edificación de esta obra, nos equivocamos muchas veces, pero seguimos adelante. Después de una vida de trabajo quedó concluida la obra de un pueblo entero.

Mi cuerpo estaba viejo y cansado, sabía que moriría por primera vez antes de ser restaurado por la pirámide, como me explicó mi maestro. Morí contento y satisfecho, despertaría para gobernar con regocijo a un pueblo pequeño en número, pero grande en corazón. Ya sabían ellos como proceder con el embalsamamiento de mi cuerpo y lo que debían hacer con mis órganos. Todo les fue enseñado.

No sé cuánto tiempo pasó, un día desperté, escuché unos ruidos. Eran golpes de martillo, una pesada loza me cubría. Mi cuerpo estaba envuelto en vendas, no me podía mover. Súbitamente se comenzó a recorrer la loza. Logre ver a varios individuos con antorchas alumbrando mi sepulcro. Lancé un alarido, los tipos soltaron las antorchas y echaron a correr.

Como pude me fui recuperando, salí tambaleante del sarcófago. Todo estaba cubierto de polvo y envejecido. Pude contemplar que las pinturas habían sido destruidas, mis tesoros desaparecidos. Logré recordar que había un túnel que me llevaría a la salida. La loza que debería cubrir la entrada estaba rota, salí de la tumba, era de madrugada. Encontré algunas personas por el camino, me veían y corrían horrorizadas. Me tuve que quitar las vendas y quedar desnudo, me acerqué al río por la mañana, observé mi rostro. Quedé muy asombrado, me veía bastante rejuvenecido y fuerte; no era un muchacho, pero estaba magnífico.

Había unas ropas que la gente ponía a secar sobre las rocas, tuve que tomar algunas sin permiso para vestirme. Un perro se acercó amenazante, pero al verme se inclinó ante mí. Desde ese día los animales son dóciles conmigo.

Fui a la ciudad, vi con tristeza como mi pueblo había caído en la perversión, contemplé a personas extranjeras esclavizadas, ví armas y máquinas de guerra. Mis descendientes se creían divinidades, la nación usaba el conocimiento que se nos dio para dominar a otros pueblos.

Parecía una pesadilla, junto a mi vórtice habían construido otros. Todos ambicionaban la inmortalidad, no entendían que, sin un corazón puro, no hay inmortalidad. Convirtieron la nación en un lugar de lujuria y placeres mundanos. Nadie me recordaba ya, mi pueblo sencillo y bondadoso ya no existía. En ese momento no pude evitar llorar amargamente por lo que veía.

Un día caminaba por un sendero hacia Luxor y una anciana que cojeaba me interceptó. Miró mi tatuaje en el brazo y reconoció la marca real, preguntó mi nombre y procedencia: "mi padre se llamaba Seneferu y mi madre Hetepheres" —solo respondí—. "Que si tú eres mi señor Jufu sanen estos dolores en mis piernas" —dijo—. "Que así sea" —le respondí, la toqué y sanó al momento. Entonces comenzó a llorar y me hizo una reverencia.

Me llevó con su familia, los últimos que conservaban en memoria mi existencia y misión en este mundo. Con ellos inicié un nuevo comienzo. Ví surgir y caer dinastías enteras, invasores llegaron y se fueron, luego vinieron nuevas religiones y costumbres. Pero el ser humano seguía siendo el mismo, no llegaba una nueva forma de sentir y actuar que nos llevara al engrandecimiento interior.

He recorrido el mundo, he visto cosas asombrosas, en mí está la memoria de la humanidad y quiero continuar con la misión que me fue encomendada. En estas paredes está escrito parte del secreto, en su momento será revelado a todos, porque este conocimiento es universal-- concluyó Jufu.

—Es tan sombrero lo que me has contado, mi señor —agregó Muhammad—. Además, tantas maravillas que se pueden contemplar aquí.

—En este lugar hay cosas maravillosas, pero también los horrores más insospechados, ándate con cuidado muchacho..."

Capítulo 7

Capítulo 7: El templo de la luz

—¡La esfinge, la esfinge, es muy hermosa! —dijo Kiya muy entusiasmada por la imagen que contemplaban sus ojos.

Muhammad salió repentinamente de sus cavilaciones, había conducido por más de cuatro horas. Pasaban cerca de la ciudad de Guiza. La esfinge saludaba desde hace milenios a los viajeros. La enorme escultura de más de veinte metros de altura contemplaba el paso de los tiempos. Atrás de ella podían verse las cúspides de las pirámides, nadie podía dejar de quedar impresionado ante la majestuosidad de las edificaciones ciclópeas. Eran los vestigios de un tiempo de grandeza que ya no volvería jamás.

—¡Es grande, impresionante! —exclamó Kiya y se quedó inconsciente.

—¡Se desmayó, aguanta un poco más niña, falta poco! —Dijo Epi sosteniendo la cabeza de Kiya entre sus manos, sacó un recipiente de metal de una bolsa y lo llevó a los labios de la chica. Un poco de líquido azul manchó sus labios.

—Muhammad, da vuelta a la izquierda en ese montículo, nos acercamos a nuestro destino —indicó Ibrahim.

Quince minutos más tarde llegaron a una pequeña aldea cerca de la Ciudad de Guiza, los disturbios no habían llegado aún a ese apartado lugar. Entraron por la calzada principal y se detuvieron en una casa de dos pisos con portón ancho, la más amplia de la zona. Una sirvienta les abrió y la camioneta entró. El vehículo que los escoltaba se quedó afuera resguardando la entrada.

Kiya había recuperado el sentido gracias a la poción que le dio Epi, descendieron del auto y fueron recibidos por Jufu. El antiguo rey se quedó mirando a la adolescente, impactado y enternecido; algo en lo profundo de su corazón fue tocado al contemplar a la chica.

—¡Te pareces tanto a tu madre Aisha, que siento que estoy frente a ella!-- agregó conmovido.

—¿Quién eres señor? Te he visto en mis visiones.

—Yo soy tu padre.

--No señor, estás equivocado; soy huérfana de padre y madre—dijo Kiya y

volvió a desvanecerse.

Jufu la tomó en sus brazos, la llevó a una habitación de la casa, la depositó suavemente en una cama. Epi entró tras ellos.

—Mi señor, es urgente que la ayudemos, Sejmet la marcó —decía la mujer mientras le descubría el hombro a la chica. Una mancha negra en forma de garra le cubría el hombro y el brazo derecho.

—¡Por Amón, está muy avanzado el mal!

—¿Qué hacemos señor?

—Tenemos que llevarla al templo, debemos prepararla para una ceremonia de purificación.

Salieron rápidamente de la habitación, Jufu dio algunas instrucciones a sus sirvientes y junto con los viajeros se dirigieron a una puerta oculta bajo una alfombra en otra de las habitaciones. Bajaron unas escaleras, ya en la profundidad Jufu avanzaba a trote seguido de Epi y el grupo. Un largo pasillo, con baldosas de granito, iluminado con aquellas extrañas lámparas semejantes a las de los túneles de Luxor, los esperaba. Recorrieron a toda prisa el camino tratando de seguir el paso del antiguo rey. Parecía interminable el pasillo, Fadil se detuvo para esperar a su esposa Foirella que ya no pudo más con aquella carrera. Al pasar Ibrahim cerca de ellos lo frenó tomándolo por el brazo, se quedaron discutiendo mientras el resto de la comitiva siguió a Jufu.

Varios minutos después llegaron al final del túnel, este desembocaba en un camino bifurcado. Tomaron el camino de la derecha y llegaron a un enorme salón. Con suavidad el antiguo rey colocó a la chica sobre una loza de granito. Epi parecía conocer el lugar a la perfección, de un baúl en un rincón del salón sacó cuatro recipientes con incienso, los colocó dos a la cabeza y dos a los pies de Kiya, sobre pedestales, los encendió y un agradable aroma inundó el lugar. Posteriormente sacó una vasija de oro, agregó algunas esencias y les prendió fuego. Una llama verde surgió de ella, se la entregó a Jufu. Dos hombres y dos mujeres sacaron del baúl una caja de madera, con delicadeza la tomaron de cada esquina. Mientras avanzaban cantaban una oración de alabanza a Amón, el dios creador y protector.

Muhammad miraba con asombro el lugar, era un salón como de seis metros de alto, edificado con bloques de granito, la parte superior rematada con cuatro losas enormes, dos de cada lado, apoyadas una a la otra al centro, formando un ángulo entre ellas. Con escritura antigua figuraban en las paredes los nombres de los faraones de las treinta dinastías de Egipto y las diez dinastías de inmortales que alguna vez existieron más allá del mediterráneo. Había pinturas donde figuraban

dibujos de animales y árboles extintos, símbolos extraños de una lengua anterior al egipcio antiguo. Los dibujos mostraban guerra y destrucción, guerreros atacando con armas desconocidas y algunos lanzando de sus manos una especie de bolas de fuego. Una pintura llamó especialmente su atención, de un hoyo en la tierra salían una especie de formas humanoides totalmente negras, volaban y asesinaban a los guerreros en tierra y en mar. Pudo ver a lo lejos una embarcación dorada escapando de la masacre, reconoció las representaciones de Osiris, Seth e Isis y seis divinidades más que no identificó.

Epi abrió la caja que sostenía la comitiva, contenía un papiro en lengua antigua que comenzó a leer:

“Amón, Ra, Amón-Ra; señor del universo y de la creación, dios protector. En ti confiamos y ponemos toda nuestra fe para que nos protejas de las tinieblas y hagas prevalecer el día sobre la noche. Que la muerte no triunfe sobre los tuyos, esperamos de ti seguir vivos en el otro mundo y compartir las alegrías que haya estén. Mira nuestros corazones, son puros y nuestros labios no dicen mentira. Quita esa oscuridad y mal que ha caído en uno de los tuyos, regocíjate con esta vida que es plena y te sirve en la tierra ¡Oh Amón-Ra, tú que eres justicia, vida y sanación!”

Jufu tomó la vasija, absorbió el fuego, la llama verde entró en su boca. Se acercó a donde yacía tendida Kiya, sopló en su nariz, la llama surgió de la boca del rey de color azul. Entró en la chica por las fosas nasales. Comenzó a convulsionarse, entre las cuatro personas de la comitiva la sostuvieron de brazos y piernas. El cuerpo de Kiya se estremecía con mucha violencia.

—¡Sal de este cuerpo bendito, engendro del mal! —gritó la sacerdotisa Epi

En ese momento Kiya abrió la boca y una especie de neblina oscura salió de ella, la mancha en su hombro desapareció, la neblina comenzó a adoptar la forma de una serpiente del Nilo, se abalanzó sobre Epi, pero el fuerte brazo de Jufu la agarró por el cuello.

—¡Detente siervo de Sejmet, estás derrotado!

—¡Maldito seas! ¡Maldito! A mi señora no vencerás —vociferaba el ente—. Si no le sacrificas a esta perra en el solsticio, su ira destruirá Egipto y lo que haya más allá de sus fronteras. Este es su mensaje, ahora has de mí lo que quieras.

Jufu sostuvo a la criatura, tomó la vasija de oro y en ella la arrojó. El ser de inmediato se incendió, una especie de alarido salía de él. Llevó la vasija en llamas y la metió en un compartimiento en la pared, colocó un símbolo

dorado sobre la tapa y quedó sellada.

—¡Pero por Amón! ¿Que fue eso? —exclamó asombrado Muhammad

—Un mensajero de Sejmet, ahora está inutilizado—Le respondió Jufu.

Kiya despertó en ese momento, estaba agitada y cansada. El viejo rey se acercó a ella y la abrazó, estaba desconcertada sin entender lo que había sucedido.

—No entiendo ¿Que me pasó?

—Algo terrible, pero ahora estás bien.

—¿Cómo es que dices que eres mi padre? No comprendo.

—Es una larga historia, debes descansar, después tú y yo deberemos hablar largamente.

Muhammad se acercó sutilmente a Jufu con bastante preocupación.

—Mi señor, ¿que vamos a hacer? Este fin de semana es el solsticio de verano.

—Lo sé muchacho, debemos confiar en Amón, él nos ayudará y que se haga su voluntad.

Capítulo 8

Capítulo 8: El templo de las sombras

Fadil detuvo su carrera tras el resto del grupo al observar que Fiorela no podía continuar. En ese momento vio pasar a Ibrahím y lo detuvo con fuerza por el brazo.

—Nosotros llegamos hasta aquí ¡Págame ahora mismo!

—¿Acaso no quieres salvar la vida de Kiya?

—El trato es te la entrego y yo recibo mi pago, es todo.

—Está bien, vamos por el oro.

Caminaron de frente y llegaron a una bifurcación, tomaron el camino de la izquierda. Pronto llegaron a un portón asegurado con un travesaño. A duras penas Ibrahím logró quitar el grueso madero que bloqueaba la puerta. Trató de abrir, pero estaba atascada la entrada.

—Ayúdame a empujar, no puedo solo.

—Está bien.

Entre ambos hombres lograron vencer las hojas de madera y se abrió. Una gruesa capa de polvo les cayó encima. Por fin lograron entrar, todo estaba en tinieblas. Ibrahím sacó de entre sus ropas una vieja lámpara de baterías que guardaba. No encendió a la primera, pero luego de un golpe en un costado funcionó.

—Llevan bastante tiempo abandonados estos túneles--dijo Ibrahím—. Solo entraremos por tu pago y nos vamos.

—Tú por delante viejo, no quiero que nos lleves a una trampa.

—Solo deja que entre un poco de aire fresco, está muy viciado el ambiente aquí adentro.

Poco después ingresaron a los túneles, hacía bastante frío, se sentía un ambiente pesado. A diferencia de los pasillos externos, esta parte de los túneles lucía muy descuidada. Había muchas habitaciones en ruinas, pedazos de madera enmohecida, donde alguna vez hubo puertas. Se podían ver jeroglíficos en las paredes destruidos, eso no lo hizo el tiempo; con alguna herramienta fueron arrancados a golpes. Al pasar por una de

las habitaciones Fiorela vio pasar una sombra a su lado.

—¡Alguien pasó a mi lado! ¡Corrió hacia ese otro túnel! --dijo apuntando en una dirección.

—Muchacha, no te desvíes del camino; la mente juega malas pasadas aquí —agregó el anciano.

—¡Vi a alguien, estoy segura! ¡Corrió hacia ese lugar!

Fadil observó hacia donde apuntaba Fiorela, más que un túnel era la entrada a una caverna, parecía descender a las profundidades.

—¿A dónde lleva esa entrada?

—Hacia el reino de abajo, el reino de las sombras —respondió Ibrahím sin dar más explicación.

Siguieron adelante, llegaron al fondo del pasillo, un muro les cerraba el paso, ahí terminaba el camino.

—Ayúdame Fadil, este bloque gira como una puerta; pero está muy pesado.

—Mira viejo, si es una trampa te vuelo la cabeza—dijo el hombre apuntando con una pistola a la cabeza de Ibrahím.

Empujaron y la pesada loza cedió, una pestilencia salió del lugar. El anciano alumbró el interior, era una habitación bastante amplia. Asombrados, Fiorela y Fadil contemplaron la riqueza en el interior: Había tantas joyas, piedras preciosas, ornamentos de oro, una barca dorada, vasijas, figurillas, perlas enormes, un tesoro de valor incalculable.

—Tienen cinco minutos para tomar lo que quieran--agregó Ibrahím-- después deberán salir rápidamente.

—¿Que dices viejo?!

—Que si no salen en cinco minutos los espíritus del oro comenzarán a hablarles, como a ellos —el anciano apuntó a un grupo de esqueletos tirados en el piso, con armas de diferentes tiempos.

—Tú te quedas con nosotros, no nos vas a abandonar en estos túneles-- dijo apuntando a Ibrahím.

Fadil y Fiorela tomaron una vasija, la más grande que encontraron y comenzaron a llenarla con el tesoro. Cuando quedó pletórica de riquezas no pudieron levantarla, pesaba demasiado, decidieron arrastrarla. De

pronto Fadil quedó asombrado al observar una figura de un gato de oro, a tamaño natural, con ojos de rubí; fue por ella. Fiorela observó una diadema dorada recubierta con perlas enormes; fue por ella. Todo era surrealista, siempre había algo más valioso que descubrir. El tiempo indicado transcurrió.

—Vámonos, tenemos que salir de inmediato —indicó Ibrahím.

—¡Viejo inútil, no molestes! —respondió iracundo Fadil.

Obsesionados por la avaricia seguían buscando una pieza más valiosa que la anterior. El anciano cerró los ojos y comenzó a orar, sabía lo que vendría. Fiorela tomó un espejo ricamente adornado y contempló su rostro, era bella. Se colocó la diadema y observó su imagen.

—"Eres bella, una reina ¿Para que quieres a ese hombre inútil contigo? Solo te estorba. Mereces algo mejor, itú mereces todo el tesoro!"—Le dijo su vanidad o quizás algo más

Fadil levantó un escudo dorado, su imagen apareció distorsionada en él.

--"¿Para que conformarte con una parte de esta riqueza? ¡Todo esto puede ser tuyo! ¡Solo para ti! ¡Puedes tener todo lo que has soñado y más!" --Le habló su avaricia o algo más.

Fiorela en ese momento descubrió una daga entre el tesoro, la tomó, se acercó por la espalda a Fadil y sin miramientos se la clavó. Fadil era bastante fuerte, no se dobló; volteó y al ver a su agresora, su corazón se llenó de ira, levantó su arma y disparó dos veces al pecho de ella. Una de las balas le partió el corazón y murió al instante.

—¿Que has hecho?! ¡Te dije que saliéramos ya!—dijo Ibrahím muy indignado.

—¡Ella me atacó! Tú la viste, la desgraciada.

El anciano escuchó una voz que retumbaba en lo más profundo de su cabeza y le inculcaba sentimientos homicidas.

—"¡Está descuidado, enciérralo y déjalo que muera asfixiado! ¡Es un ladrón y asesino!"

—¡Sal de mi cabeza, maldito engendro! —agregó llevando sus manos a la cabeza.

Fadil, vio lo que había hecho y quedó en shock, una vez más habló la voz

en su interior.

—"¡Ese maldito te trajo a una trampa! ¡Te engañó, mávalo y el tesoro será todo tuyo!"

—Sí, me engañó, por su culpa Fiorela me atacó y la tuve que matar ¡Todo será mío si lo mato!

Volvió a levantar el arma y le disparó a Ibrahím, la bala le rompió la clavícula izquierda, salió tambaleándose por la herida y huyó del lugar.

—¡Ahora todo es mío, solo mío!--dijo Fadil embriagado por su avaricia.

—"No, ¡ahora tú eres nuestro!"—replicó un grupo de voces en coro.

Varias sombras amorfas emergieron entre el tesoro, se abalanzaron sobre Fadil, entraron en él por su frente y oídos. Comenzó a reír con una risa enfermiza, tomó la daga con la que fue herido y comenzó a rebanarse los brazos, el pecho y finalmente se cortó el cuello. Su sangre bañaba el tesoro mientras la vida se le escapaba.

Capítulo 9

Capítulo 9: Las señales.

Kiya seguía recostada y fatigada por la tremenda experiencia vivida. Jufu se acercó y le llevó a los labios una infusión, la chica la bebió. Tenía un amargo sabor en la boca, pero poco después sintió que la reconfortaba.

—Explícame señor Jufu, ¿por qué dices que eres mi padre?

—Es verdad niña, yo soy tu padre.

—¿Entonces por qué me dijeron que estabas muerto y me alejaste de ti?

—Para protegerte de mis enemigos, sí sabían que existías tratarían de doblegarme haciéndote daño a ti.

—¿Y por esa razón dejaste morir a mi madre?

Jufu agachó la mirada, un torrente de emociones embargó su corazón de inmortal, ese hombre tan fuerte se sintió vulnerable ante la acusación de la chica.

—No sabes cuánto me duele que me digas eso. Aisha, tu madre, fue el amor de mi vida. Si pudiera regresar el tiempo sacrificaría mi existencia a cambio de la de ella.

—¿Que fue de mi madre?

—La asesinó un ser cruel y sanguinario, estuvo más allá de mis manos salvarla. Murió por un sueño de justicia y paz, ahora solo vivo para que se haga realidad. Ofrendó su vida y nos salvó a ti y a mí. No hay día que no piense un instante en ella—Jufu desvió la mirada para evitar que Kiya viera esa lágrima que intentaba salir de sus ojos.

—Hay tantas cosas que quisiera saber.

—Lo sé mi niña, pero antes que nada hay cosas que apremian. Debo decirte que Sejmet te marcó para obligarte a venir a Egipto. Ella sabía que solo aquí estaba el antídoto para liberarte de la marca. De todos modos pensábamos hacerte venir.

—¿Qué quiere Sejmet de mí?

—Quiere que te sacrifiquemos para su beneplácito, o llevará destrucción y

muerte por todo el país y más allá.

—¿Pero yo que le hice? ¿Por qué tanta maldad contra mí?

—Eres joven y no has descubierto aún el verdadero poder que tienes, en ti vive un espíritu poderoso y bondadoso. Antes que despiertes te quiere muerta.

—Cada vez comprendo menos, a que poder y a que espíritu te refieres. Yo solo tengo visiones y a veces puedo curar algunos dolores y heridas pequeñas en las personas.

—¿Te has preguntado alguna vez como es que puedes hacer eso?

—No, la verdad no lo sé.

—Cuando naciste, nuestros sabios predijeron que la fecha de tu nacimiento estaba ligada con el regreso a la tierra de uno de los doce espíritus que devolverían la paz y el equilibrio al mundo. Seis estarán desencarnados y seis encarnados como humanos. Los seis primeros causarán destrucción y muerte, para que los seis encarnados restablezcan la armonía.

—¿Entonces piensas que yo soy uno de los espíritus que predijeron esas profecías?

—Así es, pero Sejmet es uno de los desencarnados. Cada espíritu encarnado está vinculado con uno de los otros. La iracunda por si misma llevará la muerte y la guerra por el planeta entero, no puede parar. Tu misión es hacer que se detenga, cuanto más pronto mejor, tú eres su contraparte.

—¿Cómo voy a poder detenerla? No sé ni lo que debo de hacer, ni siquiera estoy segura de ser esa persona que tú crees que soy. Además, ella es muy poderosa; tal vez tus sabios se equivocaron, muchos nacieron el mismo día que yo en el mundo.

—Es verdad, pero contigo se presentaron las señales que lo confirmaron.

—¿Que señales?

Jufu hizo una seña y Epi tomó una pequeña caja de madera y se la entregó. Él la abrió y dentro se encontraban un grupo de escorpiones venenosos. Al principio Kiya se impresionó, después se calmó, tomó uno de ellos y lo acarició con suavidad, el arácnido ni se inquietó.

—Recuerdo que jugaba con estos bichitos de niña, las personas

se asustaban, pero nunca trataron de clavarme su aguijón.

—Hasta yo me aterroricé cuando te vi haciéndolo de pequeña
—agregó Jufu.

Epi se acercó con una charola que contenía frascos con diferentes plantas y sustancias en polvo. Se los puso enfrente a Kiya.

—Tócalos y dime para que sirven cada uno de estos frascos.

Kiya extendió su brazo y fue tocandolos, se llevó uno a uno a las narices y percibió su olor.

—Este polvo rojo es para calmar la inflamación de las heridas, estas hojas sirven para aliviar los dolores de parto, estos tallos calman las infecciones estomacales, este polvo amarillo en pequeñas cantidades cura los males del riñón pero en grandes es venenoso...

Epi fue la más asombrada de todos, escuchaba a la chica dando información exacta de cada remedio medicinal.

—¡Lo ves Kiya!—interrumpió Epi—. ¡Tienes conocimiento total de lo que no te fue enseñado por nadie!

—Sí, no puedo comprender eso.

—Quiero ponerte una prueba más de tus habilidades. Cuando llegaste en el avión me dijiste que eras capaz de tener visiones.

—Sí Epi.

—¿Puedes decirme donde están en este momento Ibrahim y tu tutor?

—Sí, pero necesito un espejo.

A una señal uno de los sirvientes se acercó con uno grande y ovalado, se lo puso enfrente a la chica. Kiya vio su imagen reflejada en él, comenzó a distorsionarse. Contempló a Fadil desangrándose junto a su esposa muerta y a Ibrahim tirado en el pasillo en medio de las tinieblas, mientras unas sombras oscuras volaban sobre ellos.

—¡Por Amón, tienen que ayudarlos! Están en grave peligro. Se encuentran en un lugar horrible bajo estos túneles, están rodeados de sombras negras y todo está muy oscuro.

—¡Son los pasillos que van al mundo de las tinieblas! ¿Que fueron a hacer

allá? -- agregó Jufu alterado—. Vamos, esperemos que no sea demasiado tarde. Muhammad, acompáñame; Epi, cuida de Kiya por favor.

Capítulo 10

Capítulo 10: Los que rondan por la noche.

Jufu y Muhammad llegaron a la bifurcación de túneles, tomaron el camino hacia los pasillos abandonados. Antes de salir Jufu había pasado por algunas cosas y unos objetos extraños. Cuando llegaron a la puerta de entrada observaron que estaba abierta. Todo estaba oscuro en el interior y una corriente de aire gélido soplaba desde adentro. Jufu portaba una lámpara como las que iluminaban el pasillo, la luz amarilla alumbró la entrada al lugar.

—¡Que imprudencia que hayan venido solos a este lugar! —dijo el inmortal.

—Aquí está todo en ruinas, parece como si un terremoto hubiera barrido todo.

—Hace más de veinte años que no entramos aquí, ve atrás de mí muchacho. Hay peligros insospechados aquí adentro.

Muhammad siguió a Jufu por los pasillos semi destruidos. El ambiente era agobiante, la luz de la lámpara creaba sombras extrañas por los rincones del lugar, formas humanoides se desplazaban por las paredes, pero al verlas detenidamente se esfumaban a la vista. Al paso veloz de los intrusos los muros resonaban como el murmullo de una multitud.

—Es extraño mi señor, pero siento como si algo o alguien nos observara desde que entramos.

—No es tu imaginación Muhammad, en verdad somos observados. Tenemos poco tiempo, debemos salir lo más pronto posible.

—¿Dónde los encontraremos? Esto parece un laberinto de pasillos y habitaciones.

—Fueron al cuarto del tesoro real, había acordado con Ibrahím entregar una cantidad a Fadil. No sé cómo se les ocurrió entrar sin protección.

—¿Por qué está todo destruido? No comprendo.

—Este lugar lo sellé hace milenios. En su momento fue parte del templo de donde venimos, uno de mis descendientes hizo un pacto con el reino de abajo a cambio de poder y riqueza. Aquí se hicieron sacrificios humanos y otras cosas aborrecibles. Naciones enteras fueron esclavizadas y el reino renegó de su lealtad a Amón. Fue una época de perversión y

locura que casi destruyó al país.

—¿Qué es el reino de abajo mi señor, el de los muertos?

—No muchacho, antes que el ser humano pisara la faz de la tierra hubo otra especie anterior. Fueron seres terribles que vivían para la guerra. Nunca en la historia de este planeta hubo seres tan crueles. No tenían un ápice de misericordia, llevaron a las criaturas del planeta casi a su extinción, no dejaban de pelear entre ellos y asesinarse, dominaban las magias oscuras. Finalmente, después de muchos intentos de Amón por ponerlos en paz, decidió destruirlos. Hubo cataclismos que terminaron por exterminarlos por completo. Para que sus espíritus perversos no hicieran daño fueron encerrados en las profundidades de la tierra. Después el planeta fue entregado a la humanidad para su desarrollo espiritual. Lamentablemente, a través del tiempo, ha habido humanos que a cambio de poder han abierto grietas hacia el mundo de abajo, han hecho pactos con los descarnados.

Atravesaron frente a la caverna que iba a dar a las profundidades de la tierra, Jufu se estremeció, algún mal recuerdo vino a su mente, una corriente de aire silbaba desde el interior. Al seguir de frente hacia el pasillo del tesoro vieron un cuerpo tirado. Era Ibrahím en un charco de sangre. Ambos hombres se apresuraron a ayudarlo. Al iluminar el cuerpo las sombras que lo rodeaban huyeron a las tinieblas.

—¡Ibrahím, amigo! ¿Qué te ocurrió? -- preguntó Jufu muy angustiado.

—Los espíritus del oro enloquecieron a Fadil y a su esposa, él traía un arma y nos disparó, yo tuve la culpa por dejarme convencer para traerlos aquí mi señor, lo siento mucho—dijo con mucha dificultad.

—Ya no interesa, lo importante es sanarte amigo, has perdido mucha sangre. Tengo el poder de Amón para curar tu herida.

—¿Ya lo usaste con tu hija mi señor?

—Sí amigo, así es, ahora ella está bien.

—Ese poder solo puedes usarlo dos veces en un día. Mi tiempo se termina hoy, mi cuerpo ya es viejo y mi espíritu quiere reunirse con mis antepasados —agregó con mucha debilidad.

—No te comprendo amigo, vas a vivir.

—No mi señor, quiero que salves a Fadil, se está muriendo, sálvalo a él.

—¿Que dices amigo?!

—Se que me detesta y me culpa de su desdicha, pero es mi último deseo y te lo pido en nombre de nuestra gran amistad, sálvalo.

Jufu meditó unos momentos, y entró al cuarto del tesoro. Fadil agonizaba desangrándose por sus múltiples heridas. Sacó de la mochila que llevaba una pequeña vasija con el líquido azul que preparó Epi, Muhammad incrédulo fue tras él.

—¿Qué es lo que vas a hacer?! ¡No puedes dejar morir a tu amigo! Para mi es como mi padre. Si Fadil se está muriendo es solo culpa suya, está pagando por su ambición.

—Me duele con el alma, pero es la voluntad de Ibrahím.

—¿Pero por qué quiere salvar Ibrahím la vida de aquel que lo hirió? No comprendo

—Porque Fadil es su hijo.

--¿Su hijo?! —respondió Muhammad totalmente incrédulo-- ¡No puede ser! Nunca me contó que tuviera un hijo y menos que fuera Fadil.

—Es una larga historia muchacho, ahora debo cumplir con la voluntad de Ibrahim.

Jufu realizó una vez más el ritual de la sanación, las heridas de Fadil fueron curándose. De pronto, se incorporó y comenzó a vomitar, un vómito negro salió de sus entrañas, unos gusanos grises se mezclaban con el líquido, al sentirse expulsados se escondieron entre los objetos de oro. Poco después perdió el conocimiento. El inmortal lo levantó sin mucho esfuerzo, algo asombroso para la corpulencia de Fadil. Lo sacó de esa habitación y lo depositó junto a Ibrahím.

—Gracias mi señor por salvarlo —dijo Ibrahím.

—Tenemos tiempo, podemos sacarte de aquí.

—No mi señor, tuve una mala caída. Aquí terminaron mis días, fue un placer haberte servido.

Jufu observó que sangraba también por la espalda, lo ladeo un poco y pudo ver una herida mortal provocada por un objeto puntiagudo clavado en ella. No había nada que hacer, Ibrahím sonrió y se despidió también de su discípulo.

—Muhammad, debes de ser fuerte y servir a mi señor como yo lo he hecho.

—Maestro, es tan difícil esta situación para mí, te quiero como a un padre.

—Lo sé muchacho, y fue maravilloso tenerte a mi lado.

Después volteó a ver a Jufu, y con el último aliento de vida pudo hacer una petición final.

—Mi señor, no te olvides de Fadil, mi hijo, no le quites tu protección.

—Así lo haré amigo mío.

Poco después lanzó la última de sus sonrisas a su hijo, y se reunió con sus antepasados en el paraíso de Amón. Muhammad no podía ocultar su dolor, sujetó su mano con fuerza y cerró los ojos para no llorar. Estuvo unos momentos así, muy quieto y callado, su mente y su corazón no podían soportar tanto dolor.

—Debemos salir pronto de aquí muchacho —interrumpió el momento Jufu—. Se viene aproximando desde el fondo de la tierra un antiguo enemigo que no puedo enfrentar en este momento.

—Sí mi señor.

Muhammad levantó el cuerpo inerte de Ibrahím sobre sus hombros. Sus movimientos eran mecánicos, no sabía a ciencia cierta que estaba haciendo, solo obedeció a su señor. Jufu levantó a Fadil y se alejaron del lugar. Volvieron a pasar frente a la caverna oscura, una especie de vapor salía de ella, el inmortal cargaba a Fadil en sus espaldas, lo agarraba con su mano izquierda y con la diestra sostenía la lámpara. Se desplazaron lo más rápido que sus fuerzas les permitían. Poco después escucharon unos pasos a tropel que les seguían.

—Muhammad, no vayas a voltear hacia atrás por ningún motivo.

—Sí mi señor —respondió el muchacho prácticamente en shock.

La salida estaba a la vista, aceleraron el paso mientras escuchaban que aquellos pisadas que les perseguían acortaban distancia. Finalmente, Muhammad salió primero del túnel. Jufu le siguió, volteó y arrojó la lámpara hacia la entrada. Se rompió en pedazos provocando una llamarada enorme, Muhammad quedó asombrado al observar a una especie de ser oscuro como de dos metros, parecido a un oso de ojos llameantes, con el cuerpo lleno de púas; que quedó bloqueado por el intenso fuego. Unas sombras de extremidades alargadas, que lo

acompañaban, huyeron de la intensa luz. El inmortal descargó a Fadil y rápidamente cerró el portón a sus espaldas y lo aseguró con el pesado travesaño de madera. Después sacó una figura del ojo de RA de su mochila, y la sujetó con un cordón del travesaño. Realizó una oración de protección y cuando terminó volteó a ver a su compañero.

—¡Lo conseguimos muchacho! La puerta ha quedado asegurada, aquí no podrá llegar esos entes. Ahora daremos a Ibrahím los honores que se merece.

Muhammad no atinaba a moverse, parecía que el espíritu se le había salido del cuerpo.

Capítulo 11

Capítulo 11: El despertar del conocimiento antiguo

Kiya parecía obsesionada con el espejo que sostenía en sus manos. Su rostro descompuesto miraba algo que solo ella veía. De pronto el espejo cayó de sus manos y recostada sobre la loza de granito perdió el sentido. Su cuerpo comenzó a convulsionarse violentamente.

—¡Vamos, ayúdenme! —ordenó Epi a dos sirvientes que la acompañaban.

Sostuvieron pies y manos de la chica para evitar que se lastimara. Poco a poco fue tranquilizándose, su cuerpo pasó del estremecimiento compulsivo a la relajación total. La sacerdotisa creyó ver una tenue luz azul saliendo del cuerpo de Kiya. No lograba comprender lo que estaba pasando; hacía más de una hora que Jufu y Muhammad habían salido del templo de la luz.

Epi preparó una poción, uno de los sirvientes le levantó la cabeza para que la tragara. En eso, una enérgica voz la detuvo.

—¡No, espera, no la toquen!

—¡Jufu, mi señor! —Exclamó Epi.

—¿Cómo es posible esto?! —El hombre se acercó sorprendido a la chica desfallecida —¡Está canalizando la energía de la pirámide!

—Se desvaneció mirando el espejo señor.

—No está desvanecida, está en estado de transformación del Ib sagrado. Utiliza la energía de la gran pirámide para hacerlo.

—¿Cómo puede hacer eso mi señor? Solo tú conoces los secretos de este templo.

—Mi poder viene de estos muros, pero no tengo la capacidad de usarlo a este nivel. Dejemos que termine y podamos hablar con ella.

Epi se sorprendió al mirar en el piso a Fadil ensangrentado. Más aún al ver a Muhammad descargar a Ibrahím en las mismas condiciones sobre un sillón.

—¿Pero que les sucedió?

—Entraron al templo de la oscuridad sin ninguna protección —dijo Jufu—. Solo pude salvar a Fadil, perdimos a nuestro amigo Ibrahim y a Fiorela.

—¡Oh, por Amón!-- Epi se inclinó ante el cuerpo inerte—Que pena querido amigo.

Recitó una oración, repetida desde hace miles de años por sus ancestros, cerró los ojos y entró en comunión con el espíritu del difunto. Poco después se levantó muy afligida.

—Adiós amigo, te veré en la eternidad. Yo misma me encargaré de preparar tu cuerpo para tu partida a los brazos de Amón.

Muhammad no había dicho ni una palabra, su corazón estaba igual o más afligido por la pérdida de su mentor.

—¿Señor, que hacemos con Fadil? No ha recuperado el sentido —agregó el joven.

—Que lo lleven a la cámara contigua, ahí podrá descansar. Pronto recuperará el conocimiento y estará completamente aliviado. Por ahora no podremos traer el cuerpo de su esposa, la oscuridad que allá habita se está fortaleciendo.

Muhammad y los dos sirvientes que se encontraban en el templo, actuaron conforme las indicaciones de Jufu y se llevaron a Fadil a la otra estancia.

—Pasado mañana es el solsticio de verano —agregó Epi—. ¿Qué haremos Jufu?

—Lamento mucho la decisión que voy a tomar, sé que se van a perder muchas vidas, pero no voy a sacrificar a mi hija.

—Te comprendo y respeto tu decisión mi señor.

Jufu bajó la vista avergonzado y sabedor del mal que se acercaba hacia el mundo. En eso una voz lo sacó de sus cavilaciones.

—Por doloroso que te parezca, deberás sacrificarme amado padre.

—¡Kiya, has despertado! ¿Pero, qué es lo que dices?

—Lo que has oído, que pasado mañana al medio día deberás clavar tu daga en mi corazón, y ofrecer mi vida para beneplácito de Sejmet.

—¡No mi niña, jamás haré eso! Ya perdí a tu madre y no te voy a perder a

ti—dijo muy acongojado.

—Es necesario que veas lo que ella tiene planeado para el mundo y sus habitantes. He roto el espejo ¿Me puedes traer otro? —hizo la indicación a la sacerdotisa de reajo.

Epi salió y en unos momentos regresó con otro semejante. Se lo entregó a la chica, que esperaba sentada, ella se lo dio a Jufu y colocó sus manos en la cabeza de él. De pronto el rostro del hombre desapareció y una serie de imágenes fueron cobrando vida.

Pudo ver una guerra civil sangrienta en Egipto, donde los cadáveres se apilaban por montones y eran quemados en piras de fuego. Casas y edificios destruidos, el humo y los estruendos de la artillería sonaban por todas partes. Después la visión lo elevó por los cielos. Descendió a las tierras de Siria y vio aviones bombardeándola, la destrucción era la misma en todas partes. Más tarde también ardió el país de Irán. Una vez más se elevó por los cielos, entonces contempló enormes hongos de fuego cayendo sobre el país de Rusia. Poco después, un ejército de vehículos de guerra incontables avanzaba por toda la tierra. En el mar y en la tierra todo se quemaba. El cielo se puso oscuro y llovía ceniza sobre la tierra, pero era diferente a la ya vista. Su color era ocre y marchitaba la hierba donde caía, hombres y animales huían de la lluvia porque los mataba al respirarla. Pronto los mares se llenaron de peces y mamíferos muertos flotando en sus aguas. Las ciudades yacían en ruinas entre polvo y muerte por todo el orbe. Finalmente, brotó la imagen de Sejmet de las profundidades de la tierra, bañada en sangre sobre una montaña de cadáveres, rugiendo como una fiera, dijo: " Se ha cumplido el destino de esta infame humanidad, no supieron convivir entre ellos ni amar a las divinidades, no me detendré hasta que no quede uno solo de pie sobre el planeta"

Jufu rompió el espejo con sus propias manos, se hizo pedazos, la terrible visión lo dejó trastornado. Se llevó las manos al rostro y se alejó de Kiya.

—¡Oh Amón, que terrible decisión me estás pidiendo tomar! ¡La vida de mi hija por la de los habitantes de la tierra!

Capítulo 12

Capítulo 12 : Viejos rencores.

El amanecer del día siguiente sorprendió a Fadil iluminando la recámara donde se encontraba, a través de la pequeña ventana frente a él. Estaba fuera de los túneles de la gran pirámide, como pudo notar. Se incorporó sorprendido, revisó su pecho y espalda incrédulo.

—¿Qué pasó, acaso tuve una pesadilla?

—No Fadil, el mal momento que viviste fue una realidad —agregó Jufu.

—¿Y Fiorella, que sucedió con ella?

—No pudimos hacer nada, está muerta.

—La maté yo, no sé qué le sucedió. Ella me apuñaló por la espalda, actué en defensa propia —hablaba tratando de justificarse—se volvió loca.

—Jamás debieron entrar a esa parte del templo sin estar preparados, fue un grave error.

—¿Cómo es que sané tan pronto? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido?

—Fuiste sanado con la magia de tus antepasados. Ahora estás bien, han transcurrido menos de doce horas del incidente.

—Quiero hablar con Ibrahím —Se incorporó ansioso.

—Me temo que eso no será posible. Ahora se encuentra en brazos de Amón.

—Le disparé también —recordó Fadil— ¿Acaso lo asesiné?

—Me entristece que ni en estos momentos lo puedas llamar padre. Afortunadamente para ti no fue tu bala la que lo mató, sino su caída.

Fadil agachó la cabeza unos momentos, después sus ojos se llenaron de profundo odio y miró con desprecio a Jufu.

—¡Tú eres el culpable de todo! ¡Me robaste el amor de mi padre y de la mujer que amaba! ¡Maldito, maldito seas!

—No Fadil, no fue así. No fuiste capaz de comprender el enorme amor que

te tuvo tu padre.

—¡Mentira! ¡Siempre se desvivió por servirte! Quería que yo hiciera lo mismo—dijo Fadil a punto de perder el control— No entiendo porque esa lealtad. Yo pasé a segundo plano en su vida.

—¿Y por eso intentaste asesinarme?

—¡Eres un engendro! No entiendo como no moriste con esa bala que te metí en el pecho. Y no lo hice por el amor de mi padre, sino para quitarte de en medio entre Aisha y yo.

Fadil recordaba el momento en que muchos años atrás le disparó a Jufu, su propio padre lo desarmó y le apuntó el arma a su cabeza. Jufu intervino evitando la barbarie, fue condenado al destierro, aborrecido por su familia y amigos.

—Si Aisha te hubiera elegido a ti no hubiera intervenido, la amé con todo mi corazón y solo quería que fuera feliz —agregó Jufu.

—Te eligió a ti y ni siquiera fuiste capaz de protegerla, ahora está muerta.

Jufu se alejó sin decir nada y se quedó mirando por la ventana, de espaldas a Fadil. Sintió el ataque que se le venía encima, pero algo lo detuvo en seco. Volteó y Muhammad tenía al convaleciente contra el suelo aplicándole una llave en el brazo. Ante el dolor soltó la daga que traía en la mano.

—Gracias Muhammad, pero no era necesario —dijo Jufu.

—¡Desgraciado! ¡Trato de atacarlo por la espalda mi Señor! No descubrimos el arma que traía bajo sus ropas, lo lamento.

—Su corazón está lleno de sentimientos de venganza, no puede ver más allá de su odio.

—Si me lo pides, mi Señor, terminaré aquí mismo con su miserable vida.

—No muchacho, ya tuvimos suficientes muertes. Haré que se le entregue lo que se le deba y que se marche de aquí.

—Pero Señor Jufu, asesinó a Fiorella y a su propio padre. No merece vivir.

—Se encontraba dominado por las almas en tinieblas cuando cometió esos actos. Además, hice una promesa a mi amigo Ibrahim —El inmortal clavó la mirada en el caído—Fadil, tú no lo sabes, pero tu padre te amó tanto

que sacrificó su vida para poder salvar la tuya. Pudiendo curarlo a él me pidió que usara mi poder para sanarte a ti. Por eso sobreviviste.

Fadil se quedó escuchando incrédulo, no dijo nada, su mente se quedó enajenada. Entre Muhammad y unos sirvientes que llamó el inmortal lo sacaron de la recámara. Jufu fue al cuarto de Kiya y habló con voz enérgica.

—Que no me molesten, necesito hablar con mi hija.

Capítulo 13

Capítulo 13: El final se acerca.

Muhammad y Epi se encontraban callados y pensativos, desde la noche anterior Jufu y Kiya se habían encerrado a hablar. Fue él quien rompió el silencio.

—Toda la vida he servido a la hermandad, desde niño. Tenía 6 años cuando me quedé huérfano por la guerra en el Líbano. Unas personas que iban huyendo me trajeron a Egipto. Padecí hambres y viví en las calles del Cairo por algún tiempo. Una vez, robé unos panes para comer a un comerciante, fui atrapado y estaba recibiendo una paliza. En eso, Ibrahím apareció y me rescató, pagó lo hurtado y me llevó con él a su casa. Me dio asilo y me educó como a un hijo. En una ocasión me llevó a algún lugar cerca del Valle de los Reyes, nos recibió un hombre cuyo rostro no recuerdo, en una ceremonia fui tocado por él en la frente y recibí el don de la visión espiritual. Me dijo que fuera obediente y fiel con mi protector Ibrahím, así como con mis hermanos del culto.

—Ese hombre que te tocó fue mi señor Jufu, de él viene todo el conocimiento de la hermandad.

—Ahora lo sé. Siempre he sido fiel a las creencias antiguas, pero ahora me doy cuenta que en realidad hay tantos secretos que no me han sido revelados ¿Tú cómo te metiste en esto?

—Mira, soy descendiente de los primeros servidores de mi señor Jufu, desde su restauración. Siendo niñas, mi hermana y yo fuimos seleccionadas e iniciadas en las artes mágicas y nuestra simbología. Fuimos subiendo de nivel en el sacerdocio hasta llegar al nivel superior. Ella y yo fuimos siempre muy unidas —Epi agachó la mirada sin poder disimular la tristeza que sentía.

—Lo lamento Epi, no pude hacer nada.

—Se que tú también perdiste mucho con su muerte, ella y tú se amaban.

—¿Entonces tú lo sabías?

—No hay nada que nos ocultáramos, pero pues no podían estar juntos. Para ella su deber estaba en el culto.

—Me duele no haberla podido proteger —agregó Muhammad con impotencia.

—No tiene caso que te culpes amigo, contra ese demonio quizás ni mi señor pueda luchar.

—¿Entonces que esperanza tenemos?

—Nuestra esperanza está en ella, en Kiya.

—Pero si ella es casi una niña, ¿qué podría contra ese ser tan poderoso?

--En ella vive un espíritu muy fuerte que todavía no se ha revelado, el poder supremo de Amón se manifiesta en ella.

La conversación fue interrumpida repentinamente por la puerta que se abrió, del estudio donde hablaban Jufu y Kiya. Algo había cambiado, Jufu se mostraba cansado y con su fortaleza disminuida, parecía enfermo.

—Padre, tienes que descansar un poco —dijo kiya.

—No hija, tenemos que cumplir con la voluntad de Amón, hay poco tiempo, pero mi cuerpo aún tiene fuerzas para terminar con mi misión.

Muhammad se apresuró a apoyar de un hombro al anciano y ayudarlo a sentarse. Era extraño ver a ese hombre fuerte como una roca vacilar al caminar.

—Epi, debemos preparar todo para el sacrificio, Muhammad ayúdala en lo que te diga.

—¡Pero señor..! —agregó el joven desconcertado—¿Vas a sacrificar a tu hija por el capricho de una deidad malvada? Ni siquiera sabemos si cumplirá su palabra y dejará de incitar a la violencia a nuestro pueblo.

—Muchacho, no estoy para discutir mi decisión, hablé con mi hija y está de acuerdo con lo que se debe de hacer, evítame tener que prescindir de tu ayuda, sé leal y obediente como mi amigo Ibrahím.

Por primera vez el joven se rebelaba a una decisión de un superior en el culto, aunque esta viniera del más alto en la hermandad. Kiya, al ver la poca disposición de él, intervino en la discusión.

—Muhammad, haz lo que mi padre te está pidiendo, que yo estoy dispuesta a entregar mi vida para que esto termine, confía en él. Todo va a estar bien, no hay nada que tú puedas hacer, estamos en las manos del creador.

Con un gran conflicto interior accedió, siguió a Epi que no dudó en ningún momento en obedecer la voluntad de su señor. Kiya, al verlos alejarse se resguardó en los brazos de Jufu

—Padre, tengo miedo —dijo con tristeza—. Sé que debo ser fuerte, de mi depende que este dolor que se cierne sobre las personas se detenga, pero la verdad me pesa tanto esta responsabilidad.

—Lo sé hija mía, pero esta misión que nos fue entregada por Amón se debe realizar. Estaré contigo hasta el final —le dijo abrazándola amorosamente.

Capítulo 14

Capítulo 14: Los preparativos

Muhammad acarreaba unas vasijas con finos aceites y llenaba unas pilas de granito con ellas, un par de sirvientes lo apoyaban en la labor. Epi dirigía a dos parejas de sacerdotes y sacerdotisas que participarían en la ceremonia.

—¿Así que este aceite es el combustible de las lámparas? —comentaba el muchacho admirado— De estas pilas se distribuye por unas tuberías hasta su consumo. Es ingenioso pero obsoleto, unos cables eléctricos y se hubiera resuelto el problema.

—Por lo visto no conoces el poder de la magia —respondió Epi que lo escuchó—. Ilumínate con tu lámpara de baterías, quiero enseñarte algo.

El joven apuntó la luz hacia el rostro de la chica, ella tocó la lámpara con su mano, poco a poco la lámpara fue disminuyendo su luminosidad hasta apagarse.

—Ya no volverá a encender.

—¿Cómo hiciste eso? —agregó Muhammad tratando de encender su lámpara una y otra vez.

—Es muy sencillo robar la energía eléctrica, y si fuera el alma vengativa de un difunto, te dejaría en la penumbra en este laberinto de túneles a mi merced. Pero, en fin, la verdadera razón por la que usamos lámparas de aceite es porque a las deidades les gusta la luz que emiten.

—No entiendo eso de robar electricidad con magia, pero lo que me doy cuenta es que estas tuberías no se dirigen hacia el templo donde mi señor Jufu encerró a aquella serpiente, alma maligna o lo que fuera.

—No, el ritual que vamos a realizar no podemos hacerlo ahí. Está prohibido hacer sacrificios humanos en ese templo. Amón no lo permite.

—¿Entonces, donde vamos a hacerlo?

—En los túneles en ruinas, donde habita el Ib de la oscuridad. Ahí hay un templo donde se realizaron durante mucho tiempo toda clase de abominaciones.

--¡Que locura dices! Algo maligno habita ahí, apenas si logramos escapar

mi señor Jufu y yo de milagro. No podemos entrar en ese lugar.

—Hoy es el solsticio de verano, durante toda la mañana y hasta el mediodía ninguno de los habitantes de ese lugar podrá actuar, después de esa hora el poder de ellos comenzará a elevarse, y deberemos salir antes de la noche o no lo haremos nunca.

—¿Cómo sabrá Sejmet que haremos el sacrificio? ¿La invocaremos acaso?

—Ella está encerrada en esos túneles desde hace milenios. Me lo dijo mi señor Jufu alguna vez.

—No entiendo, si estuviera encerrada no andaría en este momento fomentando la guerra entre nuestra gente allá afuera.

—Su Ib, la energía vital de su alma, es de las más fuertes. Puede manifestarse desde las profundidades de la tierra. Se mueve en otra dimensión; la dimensión de los muertos, para aterrorizar a los vivos.

—¿Sejmet acaso tiene un cuerpo o algo así?

—Lo tuvo, un cuerpo inmortal, pero hizo tanto daño que Amón la destruyó y condenó a su Ib sagrado a quedar encerrado en las profundidades de la tierra por un largo tiempo. Pero ese tiempo ha llegado a su fin y ha agarrado a la humanidad desprevenida y desprotegida.

Capítulo 15

Capítulo 15: El sacrificio

Kiya se preparaba con valor para el final. Las dos sacerdotisas compañeras de Epi le untaron el cuerpo con finos aceites aromáticos y le ayudaron a ponerse un níveo vestido, liso y sin ornamentos, símbolo de la pureza de su vientre; una diadema de oro con perlas incrustadas fue puesta en su cabeza, símbolo de su nobleza; un medallón con el ojo de Ra y al centro su báculo de poder se le colocó en el pecho, símbolo de su divinidad; por último, sus pies fueron calzados con sandalias de piel de cordero revestidas con escamas de oro.

Callada y resignada se dejó llevar por las dos mujeres, su padre la fue a recibir. La tomó de la mano y la condujo a la entrada del templo de las sombras. Parecía que la iba a entregar en el día de su boda, pero la desposaría con la muerte. Se veía hermosa, su mirada no mostraba más el miedo que había sentido antes, había en sus ojos un brillo diferente.

Epi y las dos sacerdotisas que la acompañaban iluminaron el recinto con lámparas de aceite. La puerta había sido abierta para la ceremonia hace rato. En seguida entraron por atrás de ellas Jufu y kiya, seguida de Muhammad y los dos sacerdotes. Al entrar la adolescente y su padre la oscuridad desapareció de todos los rincones, de alguna manera la luz de las lámparas logró llegar a todas partes. Caminaron un largo tramo hasta una estancia que acababa de ser limpiada.

Era una cámara rectangular de 10 por 8 metros; había imágenes rotas de Sejmet echas de dorita; al igual que en el resto de los túneles, los jeroglíficos de las paredes destrozados; una tumba de granito al centro de la cámara dominaba la vista, fracturada en varias partes.

Jufu condujo a Kiya hasta la tumba, al lado yacía una piedra de sacrificios y la chica se recostó en ella. Posteriormente miró a Epi y le habló en tono suave.

—Siempre has sido mi fiel servidora, no puedo obligarte a recibir al espíritu de “la iracunda”, es difícil garantizar tu seguridad.

—Señor, servir a mi pueblo a través de ti es la misión que Amón me encomendó en esta vida. Que se haga su voluntad entonces —agregó con decisión.

Entonces la pesada loza de la tumba fue retirada entre los cuatro hombres, adentro había un sarcófago de madera, no tenía inscripciones, ni decorados, algo extraño por el ser que ahí reposaba. El anciano inmortal forzó la tapa con una barra de acero, la levantó, tomó una

lámpara e iluminó el interior. Había una momia mutilada, sin brazos ni piernas.

—Esto es lo que quedó de Sejmet—dijo Jufu.

—Señor, no comprendo —agregó Muhammad— Según nuestra mitología, ella fue muy sanguinaria, fue enviada por Amón para darle una lección a la humanidad y provocarle dolor, Después ya no se detuvo, cada día al salir el sol realizaba una matanza, diezmó a los seres humanos. Finalmente fue engañada por Dios, la embriagaron y al siguiente día ya no pudo asesinar a nadie, se volvió generosa y dejó de hacer daño. No comprendo cómo es que está encerrada aquí, está llena de odio y envía a sus emisarios a causar división y guerra por el mundo.

—A los niños se les deben contar historias bonitas y finales felices, no a los hombres. En realidad, Sejmet fue uno de los inmortales que vinieron de más allá del Mediterráneo, perteneció a la facción que luchó por el poder y provocó la destrucción de su civilización. Al final, se dijo arrepentida, pidió la clemencia de Amón. Los inmortales que lograron escapar de la destrucción la auxiliaron y la trajeron con ellos. Lamentable error, en nuestras tierras volvió a crear división, juntó a un grupo de personas ambiciosas y les enseñó las artes oscuras. Trató de derrocar a los inmortales que amaban a la humanidad, les hizo la guerra, pero Amón estaba con ellos. Derrotaron a su ejército, la capturaron y destruyeron su conspiración. Para erradicar toda su maldad le cortaron las extremidades, le sacaron los ojos, le reventaron los oídos y le cortaron la lengua. Fue obligada a arrastrarse como un gusano. Finalmente la enterraron viva en este sarcófago. Aquí vivió hasta que todo resto de su vórtice de energía vital desapareció, eso tardó varios siglos en suceder.

—¡Que final tan espantoso! —agregó Muhammad totalmente horrorizado.

—Su espíritu se mantuvo apaciguado por milenios. Al desaparecer los inmortales, la gran pirámide que está sobre nuestras cabezas ayudó a que así siguiera. Desafortunadamente uno de mis sucesores en el trono despertó a su Ib sagrado, todo por la ambición de poder. Dinastías enteras se dedicaron a la guerra y a la conquista de otros pueblos. Después de siglos de luchas el espíritu de Sejmet volvió a dormir en las profundidades de estos túneles. La maldad del corazón humano la ha vuelto a despertar en esta era. Aparte, el poder protector de la pirámide se ha ido debilitando con el paso del tiempo.

Epi y las dos parejas de sacerdotes colocaron vasijas con incienso, lo encendieron y un agradable olor lleno el recinto. Posteriormente dio inicio la ceremonia del sacrificio. Epi también vestía de blanco con un cordón dorado sujeto a su cintura y un velo cubriendo su cabello. Su hermosa figura delgada destacaba entre las otras sacerdotisas. Alguien le colocó una silla de madera finamente ornamentada, se sentó y comenzó la

oración.

“Señora mía, permíteme ser la vasija de tu ib sagrado. Sejmet, ven a mí, ven en paz y no hagas daño a los que en este momento te saludan. Que el poder de Amón esté en ti también y hazte presente entre nosotros”.

Una especie de neblina surgió del cuerpo de la momia, una de las sacerdotisas tuvo contacto con el éter y cayó fulminada. Éste se detuvo en los pies de Epi y fue subiendo por su cuerpo. Ella comenzó a convulsionarse y se desvaneció. Posteriormente se incorporó y abrió los ojos, unas llamas rojas ardían en ellos.

—¡Heme aquí hijos de Amón! ¡Teman la ira de aquella que despreciaron! Sejmet la divina se hace presente entre ustedes.

—Señora, con gran respeto te recibimos aquí para tomar nuestra decisión—le respondió Jufu.

—Tiempo hace que no te veía, elegido de los inmortales, tú que te negaste alguna vez a ser sirviente de mi divinidad —Ella lo miró con desprecio— ¿Qué es lo que has decidido?

—Entregaré la vida de mi hija si tú te comprometes a respetar el pacto y dejas de manipular a los seres humanos para destruirse.

—Ella es lo que más amas en este mundo, ¿por qué harías tal cosa?

—Porque confío en Amón, amo a los seres humanos y me conmueve el dolor de ellos. Por eso te suplico que te detengas.

—Me parecen absurdas y estúpidas tus palabras. La violencia ya ha rebasado las fronteras de Egipto y seguirá de largo, pero yo respetaré el pacto si tú cumples tu parte. Que comience el sacrificio, corten el hilo de vida de la niña y derramen su sangre.

—Señora, permíteme hacerlo por mi propia mano, quiero ser yo el que termine con la vida de mi niña.

—No dejas de sorprenderme Jufu, no te logro entender; pero si eso es lo que deseas, te lo concedo.

El anciano tomó la daga ceremonial que le ofreció uno de los sacerdotes en una charola. Kiya yacía recostada sobre la piedra de los sacrificios, se acercó lentamente hasta ella. Sujetó a la chica por la cabeza y le puso la daga en el cuello, ella cerró los ojos.

—¡Mi señor, no te lo permitiré! —Muhammad detuvo el brazo de Jufu—

¡No lo hagas, es tu hija!

—¡Miserable hombrecito, otra vez tú entrometiéndote!
—exclamó Sejmet con furia.

En un abrir y cerrar de ojos la divinidad se le fue encima y lo arrojó lejos estrellándolo contra la pared. Él quedó inconsciente al instante, Iba a rematarlo, pero Jufu intervino.

—¡No por favor! ¡Déjalo, no vale la pena!

—¡Termina tu trabajo entonces! —ella soltó al muchacho y recobró la compostura.

En un rápido movimiento cortó la garganta de Kiya profundamente, la sangre comenzó a fluir a borbotones. Ella trató de balbucear algo mientras comenzaba a desvanecerse.

—¡Perdóname mi pequeña, pero tenía que hacerlo! ¡Perdóname!
¡Perdóname! —decía mientras acariciaba el rostro de ella.

La sangre cubrió la loza y comenzó a escurrir hasta el suelo. Jufú no pudo más, se desmoronó y comenzó a llorar mientras la vida se le escapaba a su amada hija. Para ella todo se puso oscuro y terminó pronto. Sejmet contemplaba complacida la escena.

Capítulo 16

Capítulo 16: El Ib sagrado

En una abrir y cerrar de ojos la vida la vida se nos escapa de las manos, en este momento tenemos a quien amamos cerca de nosotros y al siguiente instante ya no. Esta existencia es solo para los fuertes, solo para los que aprenden a seguir adelante a pesar del dolor. Cuenta una historia bíblica, que un ángel de Jehová detuvo la mano de Abraham para evitar que sacrificara a su hijo; pero aquí la única mano que trató de detener a Jufu no tuvo la aprobación del Dios todopoderoso.

El anciano inmortal contemplaba el cadáver de su hija que ya dejaba de sangrar. Debía de terminar lo que comenzó, no había tiempo para llorar a sus muertos, su destino era triste; pero su corazón estaba curtido en mil tragedias y batallas, solo quedaba terminar y cumplir la voluntad de Amón.

—Está hecho Sejmet, ahora cumple tu parte.

—No tengo prisa--decía la iracunda, mientras su espíritu absorbía la energía del sacrificio, de la deliciosa sangre divina.

Después de algunos minutos, Sejmet se incorporó y alzó los brazos, tocando los dedos índice y medio de ambas manos, formando un arco.

—¡Hijos míos: al norte, al sur, al este y al oeste! ¡Vengan a mí, su reina los llama!

Bolas de fuego entraban por los muros y revoloteaban por el techo del templo, fueron llegando más y más. Eran formas fantasmales de guerreros descarnados con espadas de fuego.

—He cumplido mi palabra, dejé a los hombres en paz, ahora serán ellos los que sigan matándose por voluntad propia, y no por mi divinidad ni por mis siervos.

—Ahora abandona ese cuerpo, descansa en los brazos de Amón y pide su clemencia--solicitó Jufu.

—No; me siento bien con este cuerpo, me quedaré con él.

—¡No te pertenece, debes entregarlo!

—¡Tú no me das órdenes, miserable hombrecito! —La deidad se aproximó

a Jufu y lo levantó por el cuello, lo arrojó contra el suelo.

—¿Crees que porque los divinos te enseñaron los secretos de la inmortalidad eres igual a mí?

—Ellos me enseñaron el valor de la justicia, la lealtad, el amor y la verdad, eran mejores que tú.

—Jamás estuve de acuerdo que compartieran nuestros más grandes secretos con los humanos, ustedes solo podían ser útiles como esclavos.

—Obtuviste lo que querías ¿Qué vas a hacer ahora?

—No todo lo que quiero; me falta una cosa, tu Ib sagrado, el secreto de la inmortalidad.

—Siempre supe que ambicionabas eso; pero no lo tendrás, no te pertenece, los inmortales me lo dieron para resguardarlo hasta que alguien digno lo mereciera.

—No tienes opción, puedes luchar, pero tu poder no se compara con la fuerza que he adquirido a través de los eones.

Jufu lanzó un ataque espiritual contra la deidad intentando paralizarla, una luz azul salió de sus manos. Ella permitió que el poder la tocara, se dejó paralizar. Unos momentos después rio a carcajadas.

—¡Ja, ja ja! ¿Esta es la fuerza de tu Ib sagrado? Los divinos desperdiciaron un poder tan grande entregándotelo a ti.

Entonces la luz azul que la envolvía se tornó roja, se encendió como el fuego y arrojó a Jufu contra la cripta estrellándolo con fuerza, cayó junto al cuerpo de Kiya. Quedó lastimado e indefenso, los dos sacerdotes trataron de intervenir, pero los siervos de Sejmet se lanzaron contra ellos y los asesinaron sin piedad. Las espadas de fuego de esos espíritus infernales los destrozaron.

—Ahora ya nada se interpondrá con mis planes, te abriré el pecho y te quitaré el Ib sagrado, solo yo sé cómo llevarlo a su máximo poder—Sejmet lo levantó del cuello como a un muñeco.

El anciano, ya nada pudo hacer, no tenía más fuerzas para luchar. La iracunda tomó la daga del sacrificio y se preparó a abrirle el pecho a Jufu. De pronto algo descubrió en la mente del inmortal.

—¡Me estás ocultando algo! ¿Qué secreto escondes miserable?

—¡No te lo diré! —dijo el hombre con la poca fuerza que le quedaba.

—No hay mente que se resista a mí ¡Dime lo que ocultas!

La iracunda elevó su poder para penetrar la mente de Jufu, que se resistía con todas sus fuerzas a revelar el secreto que guardaba en lo más hondo. La lucha fue intensa, pero fue cediendo lentamente. Finalmente, la luz se abrió y su mente no pudo soportar más la presión de ella. Sejmet leyó sus pensamientos y abrió los ojos desmesuradamente. Tocó el pecho del hombre y lo arrojó contra el suelo.

—¡Miserable! ¡Eso que traes en el pecho no es el Ib sagrado! ¿Qué hiciste con él?

Se lanzó frenética contra él y comenzó a golpearlo, en eso, una voz conocida la dejó perpleja.

—¡Déjalo Sejmet, deja a mi padre en paz! Que ahora te las verás conmigo.

—¡Kiya! ¿Cómo es posible? —dijo soltando al anciano al instante.

Capítulo 17

Capítulo 17: Una deidad antigua

Kiya se desvaneció durante el sacrificio, todo se volvió oscuro. Después, una tenue luz se vislumbró al final de las tinieblas. Esta se fue haciendo más intensa, un sonido agudo como el de un coro celestial se fue escuchando. Se vio a sí misma vestida como una deidad, portaba un atuendo parecido al de un ave de plumas doradas, una áurea diadema en la frente culminaba su vestimenta. De pronto también observó que viajaba en un rayo de luz. Una figura vestida de blanco irradiante estaba de espaldas a ella, como si fuera el remero de una barca, Se desplazaban por el infinito, contempló las estrellas del cielo y el brillo de los astros.

—¿Quién eres? —preguntó hipnotizada por las visiones —¿Acaso tú serás Anubis que me llevas al tribunal divino?

—No niña, el tribunal es solo para los mortales; además, no soy Anubis.

—¡Pero yo estoy muerta señor!

—¡Ja ja ja! —sonrió el ser—Quien porta el Ib sagrado no puede morir tan fácilmente. Ahora estás ligada al vórtice de energía vital.

De pronto la chica recordó que efectivamente su padre Jufu había intercambiado su corazón inmortal con el de ella. Los recuerdos fueron regresando a su mente...

“Jufu se sentó frente a ella en su habitación. Sacó una daga de entre sus vestimentas y cortó su pecho, entre el esternón y las costillas mostró a Kiya su corazón palpitante y lleno de luz. Ella se quedó sorprendida y no atinó a decir nada.

—Hija mía, este es el secreto de la inmortalidad, el cual me fue entregado por mi maestro Toth. Para ti todo esto debe parecerte difícil de creer y muy confuso.

—¡No comprendo nada! ¿Qué es eso que tienes en el pecho? —miraba aterrada.

—Debo transmitirte los secretos que me fueron enseñados de mi mente a la tuya. Sólo tú eres capaz de asimilar toda esta información, mis vivencias a lo largo de más de cinco mil años.

El inmortal puso su mano en la frente de Kiya, el cuerpo de Jufu emitió una luz violeta, el color de su aura. Esta fue aumentando su magnitud y se desplazó por su brazo hasta llegar a su mano y comenzó a transmitirse

a la cabeza de la adolescente. El cuerpo y mente de ella vibró a la misma frecuencia. Ambos cuerpos quedaron envueltos en esa luz.

Entonces los recuerdos de Jufu comenzaron a llenar la mente de ella, contempló al último inmortal, maestro del anciano, enseñándole los secretos cosmológicos de su civilización destruida. Pudo ver la construcción de la gran pirámide, la muerte y restauración de su padre. Su vida oculta entre los sacerdotes egipcios. Sus intentos por restablecer la paz entre su pueblo y corregir todos los errores de sus descendientes. Sus viajes por el mundo, civilizaciones y pueblos surgiendo y desapareciendo a través de los siglos y los milenios. Como punto final, el recuerdo de su misión en este mundo: ser el guardián del Ib sagrado y mantenerlo a salvo hasta entregarlo a la nueva elegida, la cuál sería la reencarnación de uno de los inmortales. Pero también una advertencia: un poder maligno emergería para tratar de robar el Ib sagrado y convertir el mundo en un infierno.

—Ahora termino de cumplir mi misión, te entrego el secreto de la inmortalidad. Serás sacrificada para que el poder de Amón te restaure. Este corazón se activó en la pirámide hace milenios, se ha fortalecido y está listo para transferirse a ti — concluyó el anciano.

—Es tan complicado asimilar todo este conocimiento padre.

—Lo sé hija mía, no es fácil, no lo fue para mí cuando Toth lo hizo conmigo. Algo más debo decirte, el Ib sagrado es susceptible hasta antes de restaurarte. Por lo tanto, no debe sufrir ningún daño.

—¿Entonces que haremos padre?

—Debo ser yo mismo quien te quite la vida para asegurar que no sufrirá ningún tipo de daño. Ahora es el momento del intercambio.

Jufu, finalmente con la misma daga comenzó a abrir el pecho de Kiya, esta sangró al instante. Puso la mano de ella en el pecho de él y el anciano su mano en el de ella. Quedaron envueltos en luz y ambos corazones se desprendieron de sus pechos, se cruzaron, se tocaron e intercambiaron su lugar. La herida de Kiya cerró al instante sin dejar rastro; en cambio, la de Jufu cerró, pero siguió sangrando un poco. Se recostó en la cama, quedando muy débil.

—No recordaba lo que era el dolor, otra vez tengo un corazón humano —agregó Jufu...”

Los recuerdos habían vuelto a su mente, la chica volvió su cabeza al ser que seguía de espaldas hacia ella y no había dicho nada más.

—¿Qué pasará ahora señor, quien quiera que seas?

—Es tiempo que recuerdes tu nombre y tu divinidad, niña mía —una voz bondadosa le tocó el corazón.

—Siento que ya te conocía de algún lugar, no lo sé.

—Mírame ahora, contempla mi rostro y recuerda quién eres.

El ser volteó a verla frente a frente, todas las respuestas que kiya buscaba fueron respondidas al instante. Ella se arrodilló y comenzó a adorar al ser que tenía enfrente.

—¡Eres Amón, el Dios todo poderoso, el omnipresente!!

—¡Ya me reconociste mi niña! ¿Ahora recuerdas tu nombre?

—¡Soy, soy..!

—¡Dilo!

—¡Yo soy Isis, la divina!

—Ahora lo sabes, debes regresar al mundo. Te necesitan en este momento, recuerda que yo estaré contigo desde ahora—dijo el eterno tocando la cabeza de la chica con su mano.

Capítulo 18

Capítulo 18: El bien y el mal, la eterna lucha

Sejmet comenzó a desprenderse del suelo, su cuerpo levitó en el aire, se deslizó hacia uno de los muros del recinto, alejándose de la chica. Su rostro se deshumanizó, se deformó adquiriendo los rasgos de una fiera.

—¿Así que este odiado enemigo mío te ha entregado el Ib sagrado? —dijo muy molesta la deidad —¿Qué te hace creer que eres rival para mi perra?

—iDefenderé a mis amigos y a mi padre con mi vida! iEntrega lo que no es tuyo y acepta el juicio de Amón! —agregó Kiya.

—Durante milenios he esperado este momento, el instante de cobrar venganza por todas las ofensas que recibí. También tengo cuentas pendientes contigo maldita.

—iEstoy despierta y recuerdo mi divinidad! iHe regresado para hacerte pagar por todas tus fechorías!

—Isis, ¿que sabes tú de poder? No tienes el coraje para usarlo, solo regresaste para morir de nuevo --dijo mientras levantaba el brazo apuntando hacia la cubierta de su sepulcro-- iMuérete perra!

Al instante la pesada loza de la tumba se levantó por los aires y fue a estrellarse donde estaba Kiya, ella se movió a gran velocidad, esquivándolo y el objeto se rompió en pedazos contra uno de los muros. La iracunda se le fue encima, un halo rojo iluminaba su figura. Kiya intentaba detenerla con su poder mental, todo reventaba en pedazos en torno a ellas. Lamentablemente, después de un tiempo de lucha, Sejmet comenzó a imponerse. En un momento Kiya terminó siendo arrojada contra la pared del templo, muy lastimada quedó tendida en el suelo, tenía la espalda rota y no podía moverse por el dolor.

La deidad malvada tomó la daga de sacrificio y se dirigió hacia la chica que estaba tirada en el piso indefensa.

—Es hora de tomar lo que me pertenece —dijo mientras se sentaba sobre Kiya para clavar el arma en su pecho.

Iba asestar el golpe cuando una fuerte descarga de energía la impactó por la espalda lanzándola lejos. Se hirió la cabeza y comenzó a sangrar. Se levantó furiosa buscando al culpable.

—¡Jufu! Veo que sigues vivo miserable, pero ya no más —lanzó la daga contra el anciano.

En último momento un cuerpo se interpuso y el arma no dio en su objetivo.

—¡Muhammad, muchacho! ¡¿Que has hecho?! —exclamó sorprendido el viejo rey.

—¡Servirte mi señor! —decía el joven mientras la vida se le iba escapando por la herida en la espalda.

El anciano se levantó y contrató lanzando su energía contra la deidad, trataba de estrangularla con su poder mental. Ella sin inmutarse lo levantó por los aires con su poder y lo sujetó contra la pared, dos rocas puntiagudas salieron disparadas del suelo y lo clavaron como un muñeco al muro por los hombros. Una tercera roca iba hacia su corazón, pero antes de tocarlo se hizo pedazos.

—¡Te dije que dejaras en paz a mi padre! —Kiya estaba de nuevo de pie totalmente recuperada y furiosa.

—¿Así que te has restaurado con el Ib sagrado? Pero ahora ya nadie nos molestará, ¡terminaré lo que comencé! —agregó la iracunda.

Esta vez Kiya lanzó un ataque poderosísimo contra la malvada y la arrojó lejos. Sejmet se levantó sangrando por sus heridas.

—Este cuerpo humano es muy inútil, es tan débil —dijo mientras tocaba la piel sangrante.

Al momento dejó de sangrar y recuperó el vigor, la adolescente ya se le venía encima otra vez. De nuevo Sejmet esquivó la embestida y la arrojó lejos.

—Para derrotarme, en la antigüedad, fue necesaria la fuerza de diez inmortales ¡¿Como se te ocurre pensar que tú sola podrás conmigo?! ¡Estúpida?! No tiene caso que yo termine contigo, mis hijos lo harán y tomaré el Ib sagrado—dijo y a una señal los espectros de la destrucción se fueron sobre Kiya.

Ella trataba de protegerse y los lanzaba una y otra vez con su poder, pero eran demasiados, la iban venciendo. Jufu observaba inmobilizado la escena, pero no podía quedarse sin hacer nada.

—¡Kiya, hija mía! ¡Tienes mis conocimientos! ¡Concéntrate! —dijo con la poca energía que le quedaba— ¡Puedes derrotarlos! ¡Tú eres más

fuerte! ¡Entra en la dimensión de osiris y obtén el poder de los eternos!

La adolescente interpretó las palabras de su padre, cerró los ojos y entró en meditación profunda mientras luchaba, el espacio y el tiempo dejaron de existir, la chica se vio en un plano de luz, por unos momentos la escena de la batalla se congeló. Pudo observar cómo cada ser creado estaba enlazado uno con otro por tenues hilos de luz, como una red de neuronas en el cerebro. A su vez, cada grupo de individuos dependía de un poder superior; y este último de uno más arriba, hasta llegar al mismo Amón. Unas palabras retumbaron en su cabeza, "todos uno solo somos y estamos en ti ahora; juntos somos invencibles; fuimos los inmortales, ahora somos los eternos"

Kiya sintió la unión con los seres celestiales bajo el mando de Amón, un enorme poder salió de su cuerpo barriéndolo todo en el templo. Se incorporó, levantó el brazo derecho y todos los sirvientes de Sejmet fueron arrojados contra los muros quedando paralizados al instante. Después lanzó un ataque mental contra Sejmet, ella trató de detenerlo, pero una vez más fue lanzada lejos por el tremendo poder de la chica.

—Comienzas a sorprenderme maldita... —dijo la iracunda—. Lamentablemente tú eres débil, tienes prejuicios y sentimentalismos tontos. Te daré la oportunidad de entregarme tú misma el Ib sagrado que llevas en el pecho o mi aliado tomará la vida de tu padre.

—¿Quién puede estar contigo? ¡Eres un monstruo!

En ese momento una figura apareció con una pistola apuntando a la cabeza del moribundo clavado en la pared, Kiya quedó atónita al reconocerlo.

—¡Fadil! ¿Que es lo que estás haciendo?

—Lo siento Kiya, no puedo desobedecer la voluntad de Sejmet —agregó el hombre muy perturbado.

—Mi padre te salvó la vida dos veces y perdonó todas tus faltas ¡¿Cómo te atreves a unirte a este demonio?!

—Ella me habló y me prometió que me devolvería a Fiorela y me llenaría de riquezas si la ayudaba. Ha cumplido y ella está de regreso conmigo, ahora mismo-- decía mientras apuntaba hacia la entrada del templo.

Una figura femenina se acercó en ese momento, era Fiorela, pero se veía extraña. Su vestido mostraba las manchas de sangre de los impactos de bala en su cuerpo. Caminaba confundida y con pasos vacilantes. Sus

movimientos parecían los de una marioneta.

—¡Fadil! ¡Es el cuerpo de Fiorela, pero lo que la hace andar no es su espíritu! —dijo Kiya horrorizada.

—¡Cállate estúpida! Es mi amada esposa, tan bella como siempre —decía el hombre hipnotizado por la presencia.

Jufú, clavado en la pared, logró levantar un poco el rostro y miró a Kiya que estaba indecisa. Sus ojos se posaron en ella y le hizo una pregunta con un mensaje secreto solo ella podía entender.

—Hija mía, ¿que horas son en este momento?

—Pasa de las seis de la tarde, allá afuera oscurecerá pronto.

—¡Así es mi pequeña!

La iracunda, escuchó esa pequeña conversación y rio a carcajadas, sabedora de lo que acontecería en los túneles.

—Inútiles esperanzas pones en el corazón de tu hija Jufu —dijo en actitud sarcástica—. La oscuridad que habita en las profundidades de la tierra no vendrá en su ayuda. Ya comienzan a manifestarse en este momento.

Podía verse unas sombras que comenzaban a cubrir el recinto y todo lo que se veía más allá. Las luces de las lámparas empezaron a menguar. Un aire helado movía las llamas, antes tan quietas.

—Ellos son mis aliados, ustedes están desprotegidos ante estos seres ¡Ahora entrégame el Ib sagrado o Fadil terminará con la vida de tu padre!

—Lo siento Sejmet, no puedo entregarte el poder que usarás para hacer tanto daño.

—Entonces, ¡Fadil, mata a su padre! —ordenó al hombre.

La última sacerdotisa viva del cortejo había estado escondida tras la tumba abierta, en un instante tomó el recipiente con la sustancia verde del viejo rey y se lanzó contra Fiorela. La sujetó por el cuello desde la espalda y la hizo tragar parte del líquido. Ella comenzó a retorcerse como una serpiente herida. Se convulsionó sobre el piso y finalmente un enorme gusano gris emergió de su boca. La criatura nauseabunda se retorció y se fue desvaneciendo sobre el piso entre olores desagradables.

Sejmet trató de abalanzarse sobre la sacerdotisa, pero Kiya se interpuso

y rechazó con fuerza a la iracunda. Esta fue lanzada y cayó con fuerza.

—¡Mátalo, máta a su padre ahora! —ordenó la deidad malvada a Fadil.

—¡Maldita, maldita! ¡Me engañaste, ella está muerta! —dijo el hombre y disparó a la iracunda en varias ocasiones

Ella con una agilidad sobre humana esquivó las balas con movimientos rapidísimos y se lanzó contra su agresor.

—¡Eres un inútil! ¡Únete a esa desgraciada! —antes de que pudiera volver a disparar levantó a el hombre por el cuello y lo arrojó contra la pared, matándolo al instante.

Pero la deidad malvada cometió un error, de pronto unos fuertes brazos la sujetaron y la estrecharon inmovilizándola. Era Jufu que, con sus últimas fuerzas, aún clavado en la pared, la había logrado alcanzar e inmovilizar. Ella se retorció como fiera enjaulada tratando de escapar.

—¡Kiya! ¡Ataca ahora! ¡No puedo detenerla mucho tiempo!

—¡No podrás soportar un ataque tan fuerte, padre mío! —dijo Kiya con dolor.

—¡Hazlo ahora! ¡No puedo detenerla más, es muy fuerte!

Entonces la chica lanzó una especie de esfera de luz azul contra ambos, esta estalló y quedaron inmóviles unidos en un abrazo mortal. Entonces Kiya le pidió el recipiente con el líquido a la sacerdotisa, sujetaron el cuerpo inconsciente de Epi. La chica lo vació en una vasija y le prendió fuego, surgió la ya conocida llama verde que la joven absorbió y convirtió en llama azul, la cual se la introdujo por la boca a su amiga inconsciente. Al momento su cuerpo se convulsionó, comenzó a vomitar una sustancia negra que fue adoptando la forma humanoide de la iracunda, con rostro de león. Epi quedó inconsciente.

El engendro se levantó y trató de atacar a Kiya, está la paralizó con su poder mental, la iracunda se retorció furiosa. Unas sombras observaban la escena expectantes.

—Se terminó tu reino de maldad Sejmet, estás vencida —dijo Kiya.

—¡Aún no perra! ¡Ellos están conmigo, los habitantes de las profundidades! ¡Destrocen a esta maldita!

Las sombras se les vinieron encima a la joven y a las dos mujeres. Entonces un halo blanco iluminó el templo y las sombras retrocedieron aterradas. Era el aura de la chica que eliminó la oscuridad. Después, tocó

el cuerpo inerte de su padre y suavemente lo fue desprendiendo de la pared donde estaba clavado. Lo depositó sobre el piso tan solo tocándolo con sus dos palmas juntas. Muhammad todavía respiraba. Kiya se inclinó sobre él, repitió el rito del fuego y la herida del puñal fue cerrando de manera milagrosa.

—Necesito que vayas por ayuda, por favor —Le dijo a la sacerdotisa sobreviviente —El poder de Amón y los eternos está ahora con nosotros, nada puede la maldad de Sejmet ni de las sombras de las profundidades. Me quedaré a cuidar de nuestros amigos.

La muchacha salió a cumplir con el encargo. Poco después regresó con varias personas que les ayudaron con los cuerpos de inconscientes de Epi y Muhammad, así como de los cadáveres de Jufu y los demás. Salieron de los túneles destruidos, fue cerrada la pesada puerta de madera y sellada para siempre.

—Ahora Sejmet, hermana mía, estás con los tuyos encerrada hasta que cumplas la voluntad de Amón —agregó Kiya.

Entonces Sejmet fue liberada y pudo moverse. Las sombras se arremolinaban y los siervos de Sejmet también fueron liberados. Unos pasos se fueron acercando a la iracunda. Un ser enorme, oscuro y de ojos brillantes se presentó ante ella en medio de las tinieblas.

—Vengo a alimentarme y a alimentar a los míos —dijo el ser—. Ofreciste un sacrificio y no nos cumpliste, pero nosotros tenemos que comer.

—¿Quién eres tú para venir a exigirme algo a mí, Sejmet la divina?

—¡Soy su divinidad Qin Shi Huang, rey de todas las Chinas!

—¡Soy muy poderosa! ¡No te atrevas a amenazarme! ¡Fuera de mi vista!

La iracunda lanzó lejos al ser enorme, este cayó, pero un instante después estaba de pie y enfrente de Sejmet. Ella lo lanzó con fuerza en varias ocasiones, pero él volvía a levantarse y a aparecer frente a ella en un momento.

—Necesitábamos una reina mi señora, en las profundidades hay horrores dignos de usted, pero ahora tenemos que comer, tenemos un hambre milenaria. No habiendo sacrificio, el alimento será usted. --volteó a ver a los seres oscuros--¡Coman hermanos míos, deléitense con la energía divina!

Al instante las sombras se les fueron encima a Sejmet y a sus siervos del mal. Ella los repelió con furia, pero más y más seres fueron surgiendo del abismo, incontables, hambrientos y furiosos. Fue un torrente de oscuridad

incontenible. Su energía fue absorbida en una orgía de horror. Inmovilizada por la multitud fue arrastrada junto a su séquito a las profundidades de la tierra.

—¡Soy una deidad, suéltense malditos!

—¡Yo también mi señora, soy divino! —agregó el ser oscuro—. Ahora conocerás lo que es el verdadero horror ¡Bienvenida a nuestro reino! ¡Las otras potestades nos están esperando!

Sejmet y el caudal de sombras desaparecieron por el túnel que llevaba a las profundidades de la tierra, para no verse nunca más.

Capítulo 19

Capítulo 19: La conclusión.

Jufu despertó, un cielo pletórico de estrella fulgurantes lo dejó impresionado. Se incorporó y observó que estaba dentro de una barca dorada que se desplazaba por un camino de luz. Un remero de túnica azul dirigía el rumbo de la nave.

—Entonces, ¿todo ha terminado para mí? ¡Tú debes ser Anubis, el guía de los muertos! —habló Jufu.

—No exactamente mi señor, soy un Anubis, porque somos muchos. A uno de los espíritus que más amo al difunto se le concede ir a recibirlo y conducirlo al reino de Amón.

—¡Te conozco, esa voz me es familiar!

—¡Así es mi señor, soy yo! —dijo el remero volteando a ver a el viejo rey.

—¡Ibrahím! ¡Bendito sea Amón! ¡Amigo mío! Me es grata tu presencia y saber que tú me llevaras con Dios. Estuve tanto tiempo caminando entre los hombres que ya no recordaba lo que era estar en este plano.

—Este plano es para los que está reservado partir hacia el más allá, pero todavía no para ti —dijo Ibrahim meciendo con brusquedad la barca.

—¿Amigo que haces?!

La barca se movió con tanta violencia que Jufu salió disparado hacia afuera, nada pudo hacer para sostenerse y fue cayendo, todo comenzó a desvanecerse, sintió que flotaba en una nube y una voz profunda y poderosa le habló.

—Jufu, hijo mío, tú tiempo todavía no ha terminado en la tierra, ella te necesita aún.

—¿Quién eres tú que me hablas?

—Soy Amón, Dios eterno, como tú me llamas.

—¡Mi Señor, me conmueve escuchar tu voz!

--Te necesito un tiempo más en la tierra, Kiya requiere de tus consejos y tu amor. Es parte de su aprendizaje. Una vez te fue dicho por tu maestro Toth que tu destino estaba ligado a la gran pirámide, esta sigue

de pie, pero ya no por mucho tiempo. En algunas décadas un fuerte sismo la reducirá a escombros y también será el final de tu existencia. Pero ese tiempo no es aún. Sigue cumpliendo con mi voluntad y no te separes de mi camino. Te bendigo hijo mío, estoy contigo hasta el final.

Jufu sintió una gran paz en su corazón, una luz deslumbrante lastimó su vista, esta fue despejándose y un rostro conocido apareció ante sus ojos.

—¡Funcionó! ¡Funcionó! ¡Estás vivo amado padre!

—¡Kiya, hija mía! ¿O debo decirte divina Isis?

—¡Nunca en tu vida! Soy Kiya, tu hija y lo seré siempre --agregó la muchacha abrazándolo con cariño— Usé el poder de Amón para tratar de devolverte la vida, llegué a pensar que no funcionaría, pero Dios no se olvidó de mí ni de ti y te trajo de vuelta.

En ese momento Muhammad y Epi hicieron acto de presencia, ya se habían recuperado del todo. Quedaron gratamente asombrados al ver a su señor vuelto a la vida. Por varios días disfrutaron de dicha y felicidad.

Las protestas en el país fueron menguando poco a poco. Un día Jufu se encontraba con Kiya, en un parque en el Cairo cuando un auto se detuvo frente a ellos. El viejo rey reconoció al hombre que iba de pasajero y se levantó al instante. La chica volteó a ver a su padre que le indicó con una seña que se tranquilizara. Se acercó al auto, un anciano de traje negro y gafas oscuras lo estaba esperando.

—Vienes a buscar lo que ya no poseo —le dijo al hombre.

—Ya no importa, señor de los faraones, todo ha terminado. He decidido dejar el control del país. No voy a derramar más la sangre de mi pueblo.

—¿Que te hizo cambiar de opinión?

—Ya entendí que una larga vida de poder está acompañada de enormes responsabilidades. Ahora solo quiero retirarme y vivir mis últimos años en paz. Lo que hice por mi país fue siempre buscando lo mejor para mi gente, lamento haber caído en muchos excesos ¿Tú cómo estás? ¿Sigues tratando de cambiar el mundo?

—No, solo trato de inspirar a otros para cambiarlo.

—Ya me voy, ahora no soy grato para muchos —decía mientras ofrecía su mano a Jufu—. Que el poder de Dios esté contigo.

—Y contigo también Hosni Mubarak, viejo amigo —dijo mientras

estrechaba la mano del otro hombre.

El auto se alejó y se perdió en la distancia. Jufu regresó con paso lento al lado de Kiya. Se sentó junto a ella y se quedó callado por unos momentos, mientras los recuerdos pasaban por su cabeza. La chica tomó su mano cariñosa, sabedora de las cosas que lo mortificaban.

—Kiya, ¿tú crees que la humanidad cambiará algún día y estará al nivel que Dios espera de nosotros? ¿O seremos destruidos y encerrados en las profundidades de la tierra como los otros?

—Ten fe padre, hemos sido enviados para evitar ese destino tan terrible.

Un grupo de niños jugaba en el parque ajenos a tantos males, se divertían en su inocencia, con la esperanza de que su nación y el mundo serían un mejor lugar para vivir.